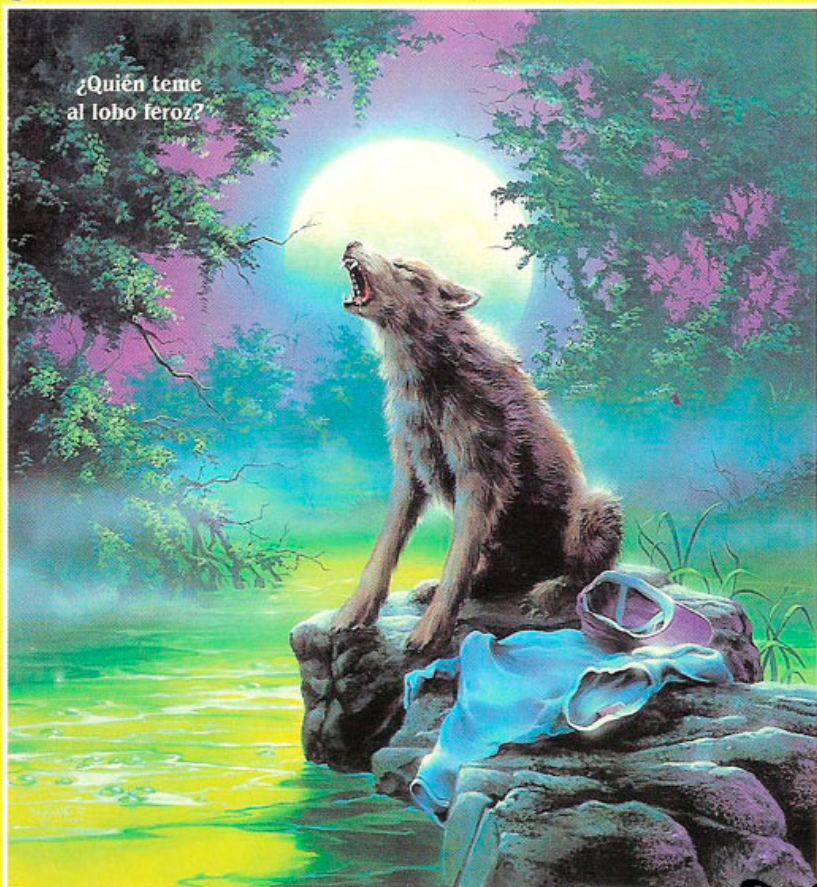


R. L. STINE

pesadillas

El hombre lobo del pantano

¿Quién teme
al lobo feroz?



se

Algo horrible está pasando en el Pantano de la Fiebre. Algo verdaderamente horrible. Empezó con los extraños aullidos por la noche. Después apareció el conejo descuartizado. Todos piensan que el culpable es el perro de Grady. Después de todo tiene el aspecto de un lobo, un aire un poco salvaje. Pero Grady sabe que su perro es normal y corriente. Además, la mayoría de los perros no aúllan a la luna, no desaparecen a medianoche ni se transforman en criaturas terroríficas cuando hay luna llena. ¿O quizá sí?



R. L. Stine

El hombre lobo del pantano

Pesadillas — 31

ePub r1.1

javinintendero 27.08.14

Título original: *Goosebumps #14: The Werewolf of Fever Swamp*

R. L. Stine, 1997

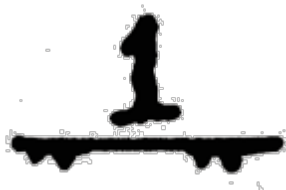
Traducción: Javier Sánchez

Editor digital: javinintendero

Digitalización del texto: Rayul

ePub base r1.0





Nos mudamos a Florida durante las vacaciones de Navidad. Una semana después oía por primera vez los aterradores aullidos en el pantano.

Una noche tras otra, los aullidos me hacían incorporar en la cama mientras aguantaba la respiración y me abrazaba el cuerpo para dejar de estremecerme. Miraba a través de la ventana de mi habitación a la pálida luna llena y escuchaba. Me preguntaba qué clase de criatura podía aullar de esa manera, a qué distancia se encontraría y por qué sonaba como si estuviera justo bajo mi ventana.

Los aullidos subían y bajaban de intensidad como el sonido de las sirenas de los coches de la policía. No eran tristes ni lastimeros sino amenazadores y furiosos. Parecían darme un aviso: «Aléjate del pantano porque tú no perteneces a este lugar.»

Cuando mi familia se trasladó a Florida, a una nueva casa a orillas del pantano, mi mayor deseo era explorarlo. Ese día estaba en el jardín de atrás con los prismáticos que papá me había regalado cuando cumplí los doce años, y miraba con atención hacia el pantano.

Árboles de troncos delgados y blancuzcos se inclinaban unos sobre otros, y sus grandes hojas uniformes parecían formar un techo que cubría el terreno pantanoso con sombras azuladas.

Detrás de mí, los ciervos caminaban inquietos en su cercado de tela metálica. Los oía pisar con sus pezuñas el suave terreno arenoso y frotar las astas contra la valla.

Bajé los prismáticos y me volví para mirarlos. Nos habíamos instalado en Florida por ellos. Para que lo entendáis mejor: mi padre, Michael F. Tucker, es científico y trabaja para la Universidad de Vermont en Burlington, la cual está bastante lejos de los pantanos de Florida.

Papá atrapó esos seis ciervos en algún país de América del Sur. La gente les llama «ciervos de los pantanos», y no son como los normales. Lo que quiero decir es que no se parecen a Bambi, porque tienen la piel muy roja, no marrón, y las pezuñas grandes y parecidas a una membrana, supongo que para poder andar en terrenos pantanosos.

Papá quiere saber si pueden sobrevivir en Florida. Su plan es ponerles un pequeño radiotransmisor y dejarlos libres en el pantano para estudiar cómo se desenvuelven.

Cuando nos dijo en Burlington que nos mudábamos a Florida por el asunto de los ciervos, nos quedamos asombradísimos y no queríamos irnos.

Mi hermana Emily lloró durante varios días. Tiene dieciséis años y no quería perder el último año en el instituto. Yo tampoco quería dejar a mis amigos.

A pesar de todo eso, papá consiguió poner rápidamente a mamá de su parte. Mamá también es científica y trabaja con papá en un montón de proyectos. Así que estuvo de acuerdo con él, por supuesto.

Los dos trataron de persuadirnos a Emily y a mí de que ésta era una oportunidad única y que iba a ser realmente interesante. Una aventura que nunca olvidaríamos.

Así que aquí estábamos, viviendo en una pequeña casa blanca junto a otras cuatro o cinco pequeñas casas del mismo color. Teníamos seis extraños ciervos rojos encerrados en un cercado detrás de casa. El sol caliente de Florida caía de lleno, y un pantano enorme se extendía más allá de nuestro uniforme y herboso jardín trasero.

Me aparté de los ciervos y me llevé los prismáticos a la cara.

—¡Oh! —exclamé cuando me pareció que dos ojos oscuros me devolvían la mirada.

Bajé los prismáticos y entrecerré los ojos para observar el

pantano. Cerca de él vi un gran pájaro blanco con dos patas largas y flacuchas.

—Es una grulla —dijo Emily.

No me había dado cuenta de que Emily se había colocado detrás de mí. Llevaba una camiseta blanca sin mangas y unos tejanos cortos de color rojo. Mi hermana es alta, delgada y muy rubia, y se parece mucho a una grulla.

El pájaro se giró y empezó a moverse con rapidez hacia el pantano.

—Sigámosle —dije.

Emily hizo una mueca especial de fastidio que todos habíamos visto más de una vez desde que nos instalamos aquí.

—¡Ni hablar! Hace demasiado calor.

—Venga, vamos —insistí mientras le tiraba del brazo flacucho—. Exploremos un poco, investiguemos el pantano.

Negó con la cabeza, y su rubia cola de caballo se balanceó a su espalda.

—La verdad es que no quiero, Grady. —Se ajustó las gafas de sol en la nariz—. Prefiero esperar el correo.

Desde que estamos tan alejados de cualquier oficina de correos, sólo recibimos cartas dos veces por semana. Emily se pasa el día aguardándolas.

—¿Estás esperando una carta de amor de Martin? —le pregunté con una sonrisa burlona en los labios. Ella no soporta que le tome el pelo con Martin, su novio de Burlington, así que me burlo siempre que puedo.

—Quizá —dijo. Se acercó y me despeinó con las dos manos. Sabe que me revienta estar despeinado.

—¿Por favor? —le pedí—. Venga, Emily. Sólo un paseo corto, muy corto.

—Emily, da un paseíto con Grady —intervino papá.

Nos giramos para verle dentro del cercado. Llevaba una tablilla con sujetapapeles en una mano e iba tomando notas de cada ciervo.

—Venga —exhortó a mi hermana—. No estás ocupada en nada.

—Pero papá... —protestó Emily con voz quejumbrosa.

—Venga, Em —insistió papá—. Será interesante. Más interesante que estar al sol discutiendo con tu hermano.

Emily volvió a ajustarse las gafas de sol, que se le iban resbalando por su nariz.

—Vale...

—¡Estupendo! —exclamé. Estaba realmente emocionado ya que nunca había estado en un pantano de verdad—. ¡Vamos! —Agarré la mano de mi hermana y estiré.

Emily me siguió de mala gana, con expresión de fastidio.

—Este paseo no presagia nada bueno —refunfuñó.

Mi sombra se proyectaba detrás de mí. Me dirigí apresurado a los árboles pequeños e inclinados.

—¿Qué puede pasar, Emily? —le pregunté.

2

Hacía calor y había humedad bajo los árboles. Sentía el aire pegajoso en la cara. Las hojas de las palmeras estaban tan bajas que podía tocarlas si alargaba los brazos. Casi tapaban el sol, aunque los rayos de luz las traspasaban y caían de lleno en el suelo pantanoso como los focos iluminados de un teatro.

Hierbajos ásperos y hojas de helechos me golpeaban las piernas desnudas. Ojalá me hubiera puesto tejanos en vez de pantalones cortos. Seguía de cerca a mi hermana cuando entramos en un sendero estrecho y ventoso. Los prismáticos, sujetos con una correa alrededor del cuello, empezaron a pesarme sobre el pecho. Hubiera sido mejor dejarlos en casa.

—¡Es tan ruidoso este lugar! —se quejó Emily al pasar por encima de un tronco caído.

Tenía razón. Lo que más sorprendía del pantano eran los diferentes sonidos: un pájaro trinaba desde algún sitio por encima de nuestras cabezas, otro pájaro respondía con un silbido estridente, los insectos zumbaban con fuerza a nuestro alrededor. Se oía un *tap, tap, tap* constante, como si alguien diera martillazos en la madera. Tal vez se tratara de un pájaro carpintero. Las hojas de las palmeras, al igual que los delgados troncos de los árboles, crujían al balancearse, y mis sandalias hacían *chop, chop* cuando se hundían en el terreno pantanoso mientras andaba.

—¡Eh, fíjate! —exclamó Emily, a la vez que señalaba algo. Se quitó la gafas de sol para ver mejor.

Habíamos llegado a una pequeña charca ovalada. El agua era

verde y oscura, medio escondida en las sombras. En la superficie flotaban azucenas de agua que se inclinaban graciosamente sobre grandes hojas de lirio, uniformes y verdes.

—¡Qué bonito! —dijo Emily, y se quitó un bicho del hombro—. Voy a volver aquí con mi máquina y hacer fotos de la charca. Mira qué luz más maravillosa.

Seguí su mirada. El final de la charca más cercana se oscurecía tras largas sombras, pero al otro lado los rayos de sol se filtraban a través de los árboles y formaban una especie de cortina de luz que se derramaba en sus aguas inmóviles.

—Es bastante bonito —reconocí. No sabía mucho de charcas. Estaba más interesado en la vida salvaje.

Dejé a Emily que admirara un poco más la charca y las azucenas de agua, y después rodeé la charca y me metí más adentro del pantano.

Las sandalias me patinaban en la tierra húmeda, y enfrente de mí un enjambre de miles de minúsculos insectos danzaban en silencio en un rayo de luz.

—¡Puaj! —masculló Emily—. Odio los mosquitos. Me pica todo sólo con verlos. —Se rascó los brazos. Cuando nos alejamos, vimos corretear algo detrás de un tronco caído y cubierto de musgo—. Oye, ¿qué era eso? —preguntó a gritos Emily mientras me agarraba el codo.

—¡Un caimán! —le grité—. Un caimán hambriento. —Soltó un breve chillido de miedo que me hizo reír—. ¿Qué te pasa, Em? No era más que una especie de lagarto.

Me apretó con fuerza el brazo para que dejara de reírme.

—Eres repulsivo, Grady —masculló. Se rascó los brazos un poco más—. Me pica todo por culpa de este pantano —se quejó—. Volvamos.

—Sólo un poco más —le pedí.

—No, vámonos. Quiero volver ya. —Trató de empujarme, pero retrocedí para que no me alcanzara—. Grady...

Me giré y empecé a alejarme de ella hacia lo más profundo del pantano. Volvía a oír el *tap, tap, tap* encima mismo de mí. Las bajas hojas de las palmeras se rozaban entre ellas, movidas por una brisa suave y húmeda. El zumbido de los insectos era más fuerte.

—Me voy a casa y te dejo aquí —me amenazó Emily.

No le hice caso y seguí andando porque sabía que no lo decía en serio. Mis sandalias hacían crujir las hojas de las palmeras secas y marrones. Detrás de mí, y sin necesidad de girarme, oía a Emily.

Otro lagarto pequeño cruzó correteando el camino justo a mis pies. Parecía una flecha negra, disparada hacia la maleza.

El terreno se elevó repentinamente y nos encontramos subiendo una pequeña colina iluminada por el sol. Era como un claro entre la vegetación. Las gotas de sudor me resbalaban por las mejillas, y el aire era tan húmedo que me sentía como si estuviera nadando,

Al llegar a lo alto de la colina nos detuvimos para echar un vistazo.

—¡Eh, otra charca! —exclamé mientras corría por un terreno pantanoso de hierbas gruesas y amarillentas y me dirigía hacia la orilla del agua.

Pero esta charca era diferente. El agua de color verde oscuro no era ni clara ni uniforme. Al asomarme vi que era turbia y espesa, como un puré de guisantes, y que borboteaba y bullía de una manera desagradable mientras se agitaba. Me acerqué más para ver mejor.

—¡Son arenas movedizas! —gritó Emily horrorizada, y entonces dos manos me empujaron con fuerza por detrás.

3

En el momento que empezaba a caer en el borboteante estofado verdoso, las mismas manos me cogieron por la cintura y tiraron de mí.

Emily soltó una risita.

—¡Te pillé! —gritó, agarrándome para que no pudiera girarme y le diera un tortazo.

—¡Eh, suéltame! —me quejé enfadado—. ¡Casi me tiras a las arenas movedizas! ¡No tiene ninguna gracia!

Emily volvió a reír y me soltó.

—No son arenas movedizas, tonto —murmuró—. Es una ciénaga.

—¿Qué? —Volví a mirar él agua burbujeante y verdosa.

—Es una ciénaga. Una turbera —repitió con impaciencia—. No sabes nada.

—¿Qué es una turbera? —pregunté, pasando de sus insultos. Emily *la Sabelotodo*. Siempre alardea de que lo sabe todo y dice que yo soy un tonto, pero ella saca notables en el colegio y yo sobresalientes. Así que, ¿quién es el más listo?

—Este año hemos estudiado los terrenos pantanosos y la selva tropical —contestó con aire de suficiencia—. La charca es espesa porque tiene turba creciendo. El musgo crece y crece y absorbe veinticinco veces su propio peso en agua.

—¡Qué aspecto más desagradable! —exclamé.

—¿Por qué no bebes un poco y compruebas cómo sabe? —me incitó.

Intentó empujarme de nuevo pero la esquivé.

—No tengo sed —dije. Me di cuenta de que la respuesta no era muy brillante, pero fue lo único que se me ocurrió.

—Marchémonos —propuso, y se quitó rápidamente el sudor de la frente con la mano—. Tengo mucho calor.

—Vale, de acuerdo —cedí de mala gana—. Ha sido un buen paseo.

Nos alejamos de la turbera y empezamos a bajar la colina.

—¡Eh, mira! —dije en voz alta mientras señalaba hacia dos sombras negras que volaban alto por encima de nosotros bajo una nube blanca.

—Halcones —afirmó Emily, e hizo pantalla sobre los ojos con una mano para observarlos. Me parece que son halcones aunque es difícil precisarlo. Lo que es seguro es que son grandes.

Los vimos desaparecer de nuestra vista y reemprendimos el descenso con precaución por el terreno húmedo y arenoso. Al final de la colina, otra vez bajo la profunda sombra de los árboles, nos paramos para recuperar el aliento. Yo estaba sudando un montón y sentía la nuca caliente y con picor. Me la froté con una mano, pero no fue de gran ayuda.

La brisa se había detenido. El aire era pesado y no se movía nada.

Unos fuertes graznidos me hicieron levantar la mirada: dos enormes totís nos vigilaban desde la rama baja de un ciprés. Volvieron a graznar como si estuvieran diciéndonos que nos fuéramos

—Por aquí —indicó Emily con un suspiro.

La seguí. Todo el cuerpo me picaba.

—Ojalá tuviéramos una piscina en la nueva casa —dije—. Me zambulliría con la ropa puesta sin pensarlo.

Caminamos durante algunos minutos. La arboleda se hacía más espesa, y la luz se debilitaba. Al final del sendero tuvimos que atravesar los altos y frondosos helechos.

—No creo... no creo que hayamos estado aquí antes —tartamudeé—. Me parece que éste no es el camino correcto.

Nos miramos fijamente y vimos el miedo reflejado en nuestras caras. Nos dimos cuenta de que nos habíamos perdido.

4

—¡No puedo creerlo! —gritó Emily.

Dos totís salieron volando y graznando con enfado.

—¿Y ahora qué hacemos? —se preguntó en voz alta.

Emily no sabe reaccionar ante una emergencia. Un día tuvo un pinchazo en Burlington, durante su primera clase práctica para sacarse el carné de conducir, y lo único que se le ocurrió fue salir del coche y largarse. Así que ahora no esperaba que estuviera tranquila y relajada.

Como nos encontrábamos totalmente perdidos en medio de una oscura y calurosa zona pantanosa, preveía un inminente ataque de pánico, y lo tuvo, por supuesto.

Yo soy el tranquilo de la familia, y en eso me parezco a papá: frío y científico.

—Calculemos cuál es la dirección del sol —le dije mientras ignoraba los fuertes latidos que sentía en el pecho.

—¿Qué sol? —preguntó a gritos, levantando los brazos.

Estaba realmente oscuro. Las palmeras con sus amplias hojas formaban un techo bastante sólido sobre nosotros.

—Bueno, podríamos estudiar el musgo —sugerí. El corazón me latía cada vez más rápido—. Crece en el lado norte del tronco de los árboles, ¿no?

—Me parece que es en el lado este —refunfuñó Emily—. ¿O es en el oeste?

—Estoy completamente seguro de que es en el lado norte —insistí, echando una mirada alrededor.

—¿Completamente seguro? ¿Cuánto es «completamente seguro»? —preguntó mi hermana a gritos.

—Olvídate del musgo —dije, entrecerrando los ojos—. Nunca estoy seguro de cómo es el musgo.

Nos miramos fijamente a los ojos un buen rato.

—Solías llevar contigo una brújula a todas partes, ¿no? —preguntó Emily, aunque con poca firmeza.

—Sí, cuando tenía cuatro años —respondí.

—Parece imposible que hayamos sido tan estúpidos —afirmó Emily a gritos—. Tendríamos que haber cogido uno de los radiotransmisores de los ciervos, y así papá podría localizarnos.

—Tendría que haberme puesto tejanos largos —refunfuñé, porque vi que tenía unas minúsculas ronchas rojas en la pantorrilla. ¿Alguna hiedra venenosa?

—¿Qué hacemos? —preguntó Emily con impaciencia, al tiempo que se secaba el sudor con la mano.

—Supongo que volver a la colina —le respondí—. Allí no había árboles y hacía sol. Cuando veamos dónde está el sol podremos encontrar el camino de vuelta a casa.

—Pero, ¿dónde está la colina? —preguntó Emily.

Di unas vueltas sobre mí mismo. ¿Estaba detrás de nosotros? ¿A la derecha? Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de que no lo sabía. Me encogí de hombros.

—Estamos perdidos —dije con un suspiro.

—Sigamos ese camino —decidió Emily, y empezó a caminar—. Tengo la sensación de que es en esa dirección. Si llegamos a la ciénaga, sabremos regresar.

—¿Y si no la encontramos?—le pregunté.

—Buscaremos otra solución —respondió.

Maravilloso. No valía la pena discutir con ella, de modo que la seguí.

Anduvimos en silencio, acompañados del estridente zumbido de los insectos. Los gritos de los pájaros nos llamaban la atención. Después de un rato, atravesamos un grupo de juncos altos y duros.

—¿Hemos estado antes en este lugar?—preguntó mi hermana.

No estaba seguro. Aparté un junco para pasar y después me di cuenta de que tenía algo pegajoso en la mano.

—¡Puaj!

—¡Fíjate, Grady! —El grito nervioso de Emily me hizo levantar la mirada de la pegajosa porquería verde que se me había adherido a la mano.

—¡La ciénaga! —Estaba justo enfrente de nosotros. La misma donde habíamos parado antes.

—¡Bien! —exclamó Emily—. Lo sabía, era un presentimiento.

La borboteante charca verde nos saludó. Después de pasarla, empezamos a correr. Sabíamos que éste era el buen camino y que nos encontrábamos cerca de casa.

—Abre paso —dije con alegría, y adelanté a mi hermana—. Paso.

Volvía a sentirme realmente bien, pero de pronto algo me atrapó, me agarró el tobillo y me arrojó sobre el terreno pantanoso.

5

Me caí y me golpeé con fuerza en los codos y las rodillas. Sentí las palpitaciones del corazón en el pecho y un sabor a sangre en la boca.

—¡Levántate! ¡Levántate! —se puso a gritar Emily.

—¡Me ha cogido! —grité con voz temblorosa.

Las palpitaciones en el pecho sonaban ahora como un martilleo, y volví a notar un gusto a sangre, pero cuando levanté la mirada vi a Emily riendo. ¿Riendo?

—Ha sido la raíz de un árbol —dijo, señalándola.

Seguí la dirección del dedo y enseguida me di cuenta de que nadie me había derribado sino que había tropezado con una de las muchas raíces superficiales de los árboles, que se arqueaban en el suelo.

Miré con atención la raíz en forma de hueso.

Estaba retorcida en el medio y parecía una pierna flaca y blanca.

Pero entonces, ¿a qué se debía el gusto a sangre?

Noté que me dolía el labio. Me lo había mordido al caer.

Me incorporé sobre las piernas con un sonoro quejido.

Me hacían daño las rodillas, el labio me latía con fuerza y un hilillo de sangre me resbalaba por la barbilla.

—¡Qué torpe eres! —dijo Emily con cariño, y después añadió—: ¿Estás bien? —Me quitó algunas hojas secas de la camiseta.

—Creo que sí —contesté, todavía un poco nervioso—Pensé que algo me había cogido, de verdad.

Hice un esfuerzo por sonreír.

Mi hermana me puso una mano en el hombro y empezamos a caminar de nuevo, más despacio que antes y uno al lado del otro.

Delgados haces de luz se filtraban por las densas hojas de los árboles y punteaban el terreno enfrente de nosotros. El paisaje parecía irreal, como si se tratara de un sueño.

Alguna criatura correteaba ruidosamente en la maraña de arbustos que había a la derecha, aunque ni Emily ni yo nos giramos para verla. Lo único que queríamos era volver a casa cuanto antes.

No tardamos mucho en darnos cuenta de que habíamos tomado una dirección equivocada.

Nos paramos en el borde de un claro pequeño y redondeado. Los pájaros piaban ruidosamente en el cielo, y una ligera brisa hacía crujir las hojas de las palmeras.

—¿Qué son esas cosas enormes de color gris? —pregunté, rezagándome un poco.

—Me parece que setas —respondió mi hermana tranquilamente.

—Setas tan grandes como balones de fútbol —murmuré.

Los dos vimos la choza pequeña al mismo tiempo. Estaba escondida al otro lado del claro, más allá del campo de setas gigantes, bajo las sombras de dos cipreses bajos.

Miramos boquiabiertos, un poco sobresaltados, y la observamos en silencio.

Dimos unos pasos hacia ella. Después unos pocos más.

La choza era minúscula y baja, no mucho más alta que yo. Tenía una especie de techo de juncos largos o de hierbas secas. Los muros estaban contruidos con capas de hojas secas de palmera.

La puerta, confeccionada con delgadas ramas de árbol, estaba firmemente cerrada. No había ventanas.

Un montón de cenizas grises, restos de una hoguera, formaba un círculo a pocos metros de la puerta.

Vi un par de botas viejas y maltrechas junto a la choza, varias latas vacías y una botella de agua de plástico, también vacía y medio estrujada.

Me volví hacia Emily.

—¿Crees que vive alguien aquí, en medio del pantano? —murmuré. Se encogió de hombros. Sus facciones estaban tensas—. Si vive alguien, tal vez pueda decirnos cuál es el camino para

regresar —sugerí.

—Quizá—dijo Emily en voz baja. Tenía los ojos fijos en la pequeña choza cubierta de sombras azuladas.

Dimos un par de pasos más para acercarnos. Me pregunté por qué querría alguien vivir en una choza como aquélla, en medio de una zona pantanosa.

Una respuesta apareció de súbito en mi mente: «Porque sea quien fuere quiere esconderse del mundo.»

—Es una guarida —dije casi entre dientes, sin darme cuenta de que estaba hablando demasiado alto—. Es un criminal, un atracador de bancos o un asesino. Se esconde en este lugar.

—¡Chisss! —Emily me puso el dedo en los labios para que guardara silencio y me hizo daño en la herida, hasta que decidió retirarlo.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó. Su voz sonaba baja y agitada, tan baja que casi no la oía—. ¿Hay alguien en casa? —repitió con un poco más de fuerza.

Decidí ayudarla y nos pusimos a gritar juntos, —¿Hay alguien? ¿Hay alguien en casa?

No hubo respuesta. Dimos unos pasos hacia la puerta.

—¿Hay alguien? —pregunté una vez más en voz alta, y alargué la mano hacia la puerta.

6

Cuando estaba a punto de abrir la rudimentaria puerta, se abrió hacia fuera y casi nos golpeó. Saltamos hacia atrás en el mismo momento en que un hombre salía súbitamente del interior de la choza.

Nos fulminó con unos ojos negros y salvajes. Tenía el pelo canoso, hasta más abajo de los hombros, sujeto en una coleta. Tenía la cara muy roja, tal vez quemada por el sol o tal vez roja por la ira. Nos miraba fijamente con un amenazante ceño fruncido y estaba encorvado, de estar dentro de la choza baja.

Llevaba una amplia camiseta, sucia de manchas y arrugada, y unos pantalones que le montaban sobre las sandalias.

Mientras nos observaba con sus increíbles ojos negros, abrió la boca, mostrando dos hileras de dientes irregulares y amarillentos.

Me arrimé a mi hermana y di un paso hacia atrás. Quería preguntarle quién era y por qué vivía en el pantano. También quería preguntarle si podía ayudarnos a volver a casa. Se me ocurrían montones de preguntas, pero lo único que pude pronunciar fue:

—Eh... lo siento.

Entonces me di cuenta de que Emily ya estaba corriendo. Su cola de caballo volaba a su espalda mientras atravesaba la alta maleza. Un segundo después yo corría detrás de ella. El corazón me latía alocado y las sandalias se me hundían en el terreno pantanoso.

—¡Eh, Emily... espera! ¡Espera!

Pisé la áspera alfombra que formaban las hojas muertas y las

ramitas caídas. Mientras intentaba alcanzarla, eché un vistazo a mis espaldas... y solté un grito de terror.

—¡Emily, nos está persiguiendo!

7

El hombre de la choza avanzaba sin parar a grandes zancadas, encorvado hacia el suelo, balanceando los brazos a ambos lados. Respiraba con dificultad, y su boca abierta mostraba los dientes irregulares.

—¡Corre! —chilló Emily—. ¡Corre, Grady!

Íbamos por un sendero estrecho entre la alta maleza. La arboleda era menos densa. Corríamos entre sombras y claros de luz.

—¡Emily... espera! —la llamé sin aliento, pero no aflojé la carrera.

Una charca larga y estrecha apareció a nuestra izquierda. Árboles extraños crecían en medio del agua. Los troncos delgados estaban rodeados de raíces oscuras. Eran mangles.

Quería detenerme y mirar aquellos árboles de aspecto extraño, pero no era el momento adecuado para distraerse.

Corríamos por la orilla de la charca, y las sandalias se hundían en la tierra pantanosa. Entonces, cuando seguía a Emily y el sendero torcía hacia los árboles, noté un peso en el pecho y la garganta seca.

Un dolor agudo en el costado me hizo gritar, y dejé de correr para recuperar el aliento, jadeando.

—Se ha ido —dijo Emily mientras tragaba saliva con dificultad. Se detuvo unos metros por delante de mí y se apoyó contra el tronco de un árbol—. Lo hemos despistado.

Me incliné para librarme del dolor en el costado. Después de un rato, la respiración volvió a normalizarse.

—¡Qué extraño! —exclamé. No se me ocurría nada más.

—Sí que es extraño —convino Emily. Se acercó a mí y me ayudó a enderezarme—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —El dolor había ido apagándose. Siempre me duele el costado derecho cuando corro mucho rato, pero nunca había tenido que correr por temor a perder la vida.

—Vamos —dijo Emily. Se separó de mí y empezó a caminar deprisa, siguiendo el sendero—. Este lugar me resulta familiar.

Empezaba a encontrarme mejor y comencé a correr sin prisa. Pasamos por grupos de árboles y helechos que podía reconocer y vi nuestras pisadas, que iban en dirección opuesta en el terreno arenoso.

Un poco más tarde vislumbramos el jardín trasero de casa.

—¡Hogar, dulce hogar! —exclamé.

Salimos de la arboleda baja y apretamos a correr hacia casa.

Mama y papá estaban ocupados con los muebles del jardín. Papá intentaba meter la sombrilla blanca dentro del agujero de la mesa. Mamá lavaba las sillas de plástico con la manguera.

—Bienvenidos a casa —dijo papá sonriendo.

—Pensábamos que os habíais perdido —añadió mamá.

—¡Es que nos hemos perdido! —grité casi sin aliento.

Mamá cerró el pitorro para dejar de lavar las sillas.

—¿Qué dices?

—¡Nos ha perseguido un hombre! —exclamó Emily—. Un hombre extraño de pelo blanco y largo.

—Vive en una choza en medio del pantano —dije, y me desplomé en una de las sillas del jardín. Estaba mojada pero me daba igual.

—¿Que os ha perseguido? —Papa cerró los ojos, alarmado—. He oído en la ciudad que hay un ermitaño en el pantano —añadió después.

—Sí, nos ha perseguido— repitió Emily. Su cara, normalmente pálida, estaba rojísima. El pelo se le había soltado y le caía despeinado alrededor de la cara—. Nos... nos asustó.

—Un hombre me habló de él en la ferretería —dijo papá—. Me comentó que era extraño pero completamente inofensivo. Y nadie sabe cómo se llama.

—¿Inofensivo? —preguntó en voz alta Emily—. Entonces, ¿por qué nos ha perseguido?

Papá se encogió de hombros.

—Sólo repito lo que me dijeron. Está claro que ha vivido casi toda la vida en el pantano, sin necesitar a nadie. Nunca va al pueblo.

Mamá dejó caer la manguera, se acercó a Emily y le puso la mano en el hombro. Bajo la brillante luz del sol parecían hermanas; las dos eran altas, delgadas, y rubias, con el pelo largo y liso. Yo me parezco más a mi padre. Tengo el pelo castaño y ondulado, y los ojos oscuros. Además soy un poco regordete.

—Sería mejor que no volvierais solos al pantano —propuso mamá. Se mordió el labio con ansiedad y empezó a recoger el pelo de Emily en una coleta.

—Un ermitaño no hace daño a nadie —repitió papá. Todavía estaba intentando meter la sombrilla en la base de cemento. Cada vez que la bajaba, fallaba en el agujero.

—Papá, yo te ayudo.

Me metí a toda prisa debajo de la mesa para guiar el palo de la sombrilla.

—No te preocupes —dijo Emily—. A mí no me vuelven a ver en ese pantano. —Se rascó los hombros—. Voy a tener picores el resto de mi vida —se quejó.

—Hemos visto muchísimas cosas interesantes —dije. Otra vez volvía a sentirme tranquilo—. Una ciénaga y mangles...

—Ya te había dicho que iba a ser toda una experiencia —corroboró papá al tiempo que ajustaba las sillas blancas alrededor de la mesa.

—¡Vaya experiencia! —refunfuñó Emily abriendo los ojos de par en par—. Voy a ducharme. Si me quedo debajo de la ducha un par de horas a lo mejor dejará de picarme.

Mamá sacudió la cabeza mientras veía alejarse a Emily con paso firme hacia la puerta de atrás.

—Va a ser un año duro para Emily —comentó.

Papá se limpió las manos sucias en los pantalones.

—Acompáñame, Grady —dijo, y me hizo una señal para que le siguiera—. Es la hora de dar de comer a los ciervos.

Durante la cena hablamos un poco más del pantano. Papá nos explicó cómo habían atrapado los ciervos que estaban utilizando en sus investigaciones.

Papá y sus ayudantes los buscaron por las selvas de América del Sur durante semanas. Utilizaron rifles con dardos tranquilizantes para capturarlos, y después tuvieron que utilizar helicópteros para transportarlos. A los animalitos no les hizo ninguna gracia, desde luego.

—El pantano que habéis explorado esta tarde —dijo papá enrollando los espaguetis—, ¿sabéis cómo lo llaman? ¿No?, pues el pantano de la Fiebre. Por lo menos así lo llaman la gente de por aquí.

—¿Por qué? —preguntó Emily—. ¿Por el calorazo que hace?

Papá tragó los espaguetis. Tenía manchas de tomate en las comisuras de la boca.

—No sé por qué se llama así, pero estoy seguro de que al final lo descubriremos.

—Es probable que fuera descubierto por un tipo llamado señor Fiebre —bromeó mamá.

—¡Quiero volver a casa! ¡Quiero volver a Vermont! —dijo a gritos Emily,

Después de la cena, yo también sentía añoranza. Cogí una pelota de tenis y salí a la parte trasera de la casa. Pensé que sería una buena idea rebotarla contra la pared para después atraparla, como había hecho siempre en nuestra vieja casa, pero el cercado de los ciervos me impidió hacerlo.

Me acordé de mis dos mejores amigos de Burlington, Ben y Adam. Vivíamos en la misma calle y solíamos reunirnos después de cenar. Jugábamos a la pelota o íbamos a los columpios a pasar el rato.

Mientras observaba a los ciervos, que se arremolinaban en silencio al fondo del cercado, me di cuenta de que añoraba mucho a mis amigos. Me preguntaba qué estarían haciendo en esos momentos. Probablemente estarían reunidos en el jardín de la casa de Ben.

Me sentía apesadumbrado y estaba a punto de volver a entrar para ver qué daban en la tele... cuando de pronto una mano me

cogió desde atrás. ¡El ermitaño!



«¡Me ha encontrado! ¡ El ermitaño del pantano me ha encontrado! ¡Y ahora me ha cogido!» Ésos eran los pensamientos que surgieron en mi mente.

Me giré y solté un grito cuando vi que no era el ermitaño del pantano sino un niño.

—Hola —me saludó—. Creía que me habías visto. No quería asustarte. —Tenía una voz curiosa, áspera y ronca.

—¡Eh! Bueno... no importa —tartamudeé.

—Te he visto en el jardín —dijo—. Vivo por allí. —Señaló hacia la casa que estaba dos puertas más allá—. Hace poco que os habéis instalado, ¿verdad?

Dije que sí con la cabeza.

—Me llamo Grady Tucker. —Me pasé la pelota a la otra mano—. ¿Y tú cómo te llamas?

—Will, Will Blake —contestó con su voz ronca.

Era más o menos tan alto como yo, pero más corpulento, más grande. Tenía los hombros más anchos y el cuello más robusto. Me recordó a un defensa de fútbol americano.

Tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba muy corto, en punta por arriba, como un erizo, y aplastado a los lados. Vestía una camiseta a rayas blancas y azules y unos pantalones tejanos cortos.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Doce —respondí.

—Yo también —dijo mientras miraba fijamente por encima de mi hombro a los ciervos—. Creía que quizá tenías once. Lo que

quiero decir es que pareces más pequeño.

Me molestó que dijera eso, pero decidí no hacer caso.

—¿Desde cuándo vives aquí? —le pregunté, pasándome la pelota de una mano a otra.

—Hace pocos meses —contestó.

—¿Hay más chicos de nuestra edad? —pregunté, y eché un vistazo al grupo de seis casas.

—Sí, hay una chica, pero es un poco rara.

El sol se estaba escondiendo a lo lejos detrás de los árboles del pantano. El cielo estaba de color escarlata oscuro. De repente empezó a refrescar. Muy arriba, en el cielo, podía ver la pálida luna casi llena.

Will se dirigió hacia el cercado y yo lo seguí. Andaba con rapidez, balanceando los hombros a cada paso. Introdujo la mano por la malla metálica y dejó que un ciervo le lamiera la mano.

—¿Tu padre trabaja también para el Servicio Forestal? —preguntó con los ojos fijos en el ciervo.

—No —le respondí—. Mis padres son científicos y están estudiando el comportamiento de esos ciervos.

—¡Qué aspecto más raro tienen! —exclamó Will. Sacó la mano mojada de dentro del cercado y la sostuvo en alto—. ¡Puaj!, baba de ciervo.

Me eché a reír.

—Son ciervos de los pantanos —le dije, y le pasé la pelota. Nos separámos de la malla metálica y empezamos a lanzárnosla hacia delante y hacia atrás.

—¿Has estado en el pantano? —preguntó.

No pude coger la pelota que me tiró y tuve que perseguirla por la hierba.

—Sí, esta misma tarde —respondí—. Con mi hermana. Nos hemos perdido. —Se rió por lo bajo—. ¿Sabes por qué lo llaman el pantano de la Fiebre? —le pregunté mientras le lanzaba una pelota alta.

Estaba oscureciendo rápidamente y era difícil ver el paisaje. A pesar de ello consiguió coger la pelota con una sola mano.

—Sí, mi padre me contó la historia —contestó Will—. Me parece que pasó hace cien años, o quizás hace más tiempo. Todo el pueblo

se puso enfermo debido a una extraña fiebre.

—¿Todo el mundo? —pregunté.

Mi nuevo amigo asintió.

—Todos los que habían estado en el pantano. —Sostuvo la pelota y se acercó—. Mi padre me explicó que la fiebre duraba varias semanas, a veces incluso meses. Murió muchísima gente por su culpa.

—¡Qué horror! —murmuré, y eché un vistazo a través del jardín hacia los árboles oscuros del pantano.

—Y los que no murieron por la fiebre empezaron a actuar de una forma muy extraña —continuó Will. Tenía los ojos entrecerrados y brillantes—. Empezaron a hablar como locos, sin ningún sentido. Sólo decían palabras incongruentes y no podían andar muy bien. Se caían todo el rato y caminaban en círculos.

—¡Qué extraño! —comenté, con los ojos todavía fijos en el pantano.

El color del cielo pasó de escarlata a púrpura oscuro. La luna casi llena parecía resplandecer con más intensidad.

—Desde entonces le llaman el pantano de la Fiebre —concluyó Will, y me lanzó la pelota—. Tengo que volver a casa.

—¿Has visto alguna vez al ermitaño que vive allí? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No, he oído hablar de él, pero nunca lo he visto.

—Yo sí —le dije—. Mi hermana y yo lo hemos visto esta tarde. Hemos encontrado su cabaña.

—¡Qué interesante! —exclamó Will—. ¿Hablasteis con él?

—¡Qué va! —respondí—. Nos persiguió.

—¿De verdad? —Puso cara de asombro—. ¿Por qué?

—No lo sé, estábamos muy asustados —reconocí.

—Tengo que irme —repitió Will. Empezó a dirigirse sin prisa hacia su casa—. Oye, a lo mejor tú y yo podemos explorar juntos el pantano —dijo.

—Sería estupendo —le contesté.

Estaba un poco más animado. Tenía un nuevo amigo. Pensé que quizá no fuera tan malo vivir en ese lugar.

Vi que Will se dirigía hacia uno de los lados de su casa, dos puertas más allá. Era casi idéntica a la nuestra, aunque no tenía un

cercado con ciervos en la parte de atrás, por supuesto.

En el jardín trasero había un pequeño tobogán y un balancín, y me pregunté si tendría un hermano o hermana más pequeños.

Pensé en Emily cuando me dirigía a casa. Sabía que estaría envidiosa de que hubiera hecho un nuevo amigo. Pobre Emily, estaba muy triste sin el bobo de Martin cerca de ella. Nunca me había gustado Martin. Siempre me llamaba «chaval».

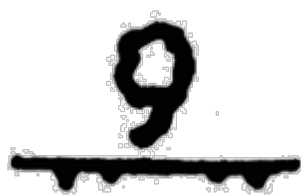
Vi a uno de los ciervos tumbándose en el suelo, doblando las patas con gracia. Otro hizo lo mismo. Estaban aposentándose para pasar la noche.

Cuando entré en casa, todos estaban en la sala de estar, viendo un documental sobre tiburones en el canal Documenta. A mis padres les encanta ese canal. Qué raro, ¿verdad?

Lo miré durante un rato y después me di cuenta que no me encontraba muy bien. Me dolía la cabeza, tenía escalofríos y un agudo martilleo en las sienes.

Se lo dije a mamá, que se acercó a mi silla.

—Estás colorado —dijo, y me miró con preocupación. Me puso una manó tibia en la frente y la dejó allí unos segundos—. Grady, tienes un poco de fiebre —afirmó.



Unas noches después oí por primera vez los extraños y aterradores aullidos.

La fiebre me había subido a treinta y ocho y medio, se mantuvo así durante un día, después remitió y me volvió a subir de nuevo.

—¡Es la fiebre del pantano! —les dije a mis padres al anochecer—. Pronto voy a actuar como un loco.

—Ahora sí que te estás comportando como un loco —se burló mamá, y me dio un vaso de zumo de naranja—. Bebe, tienes que beber mucho.

—Beber no cura la fiebre del pantano —dije con tristeza, aunque de todos modos cogí el vaso—. No hay cura para eso.

Mamá chasqueó la lengua y papá continuó leyendo una revista científica.

Esa noche tuve sueños raros e inquietantes. Yo estaba en Vermont y corría por la nieve porque algo me perseguía. Tenía la sensación de que era el ermitaño del pantano. Corría sin parar, hacía mucho frío y temblaba. Me giraba para ver quién me seguía, pero no había nadie y de repente me encontraba en el pantano. Estaba hundiéndome en una ciénaga verde y densa que borboteaba a mi alrededor y hacía unos asquerosos ruidos de succión. Estaba tragándome, tragándome...

Los aullidos me despertaron. Me enderecé en la cama y miré fijamente a través de la ventana la luna, que estaba casi llena. Flotaba directamente enfrente, plateada y brillante en el cielo azul claro.

Un aullido prolongado se elevó en el aire de la noche y me di cuenta de que estaba tiritando y sudando de arriba abajo. El pijama se me pegaba a la espalda. Agarré con fuerza el cubrecama y escuché con atención. Otro aullido. ¿El grito de un animal desde el pantano? Los aullidos, largos y furiosos, sonaban cerca, justo debajo de la ventana.

Aparté la colcha y salté de la cama. Cuando me levanté todavía temblaba, y la cabeza parecía que iba a estallarme. Me di cuenta de que aún tenía fiebre.

Otro aullido largo. Fui hacia el pasillo, con las piernas temblorosas. Quería saber si mis padres también los habían oído. Andaba a oscuras y tropecé con la mesita, porque aún no estaba habituado a la nueva casa.

Tenía los pies fríos como el hielo, pero en cambio la cabeza me ardía. Me froté la rodilla que me había golpeado, esperé a que mis ojos se habituaran a la oscuridad y después bajé hacia el vestíbulo.

La habitación de mis padres estaba justo pasada la cocina, en la parte trasera de la casa. Me detuve a medio camino. ¿Qué era aquel ruido? ¿Arañazos? Contuve el aliento. Estaba helado y con los brazos rígidos a los lados. Escuché y volví a oír el ruido por encima del martilleo del corazón. *Rac, rac, rac.* Alguien, o algo, estaba rascando en la puerta de la cocina.

Entonces oí otro aullido, muy cerca, tremendamente cerca. *Rac, rac, rac.* ¿Qué podía ser? ¿Algún animal junto a la casa? ¿Un animal del pantano que estaba aullando y arañando la puerta?

Solté el aliento que había estado conteniendo un buen rato y aspiré una nueva bocanada de aire.

Escuché con atención para forzarme a oír algo por encima de los martilleos del corazón.

El frigorífico se puso automáticamente en marcha y el ruido casi me hizo saltar del susto. Me agarré a la encimera. Tenía las manos tan frías como los pies, frías y sudorosas.

Escuché. *Rac, rac, rac.* Di un paso hacia la puerta de la cocina y me paré. Un estremecimiento de miedo me recorrió la espalda. Me di cuenta de que no estaba solo. Alguien estaba allí y respiraba a mi lado, en la cocina a oscuras.

10

Di un grito ahogado.

Estaba agarrando con tanta fuerza la encimera que me dolía la mano.

—¿Quién está ahí? —pregunté en un susurro.

Se encendió la luz de la cocina.

—¡Emily! —grité de sorpresa y alivio—. Emily...

—¿Has oído los aullidos? —me preguntó. Hablaba en un murmullo y sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Sí, me han despertado —contesté—. Sonaban muy furiosos.

—Como un grito de caza —dijo Emily—. Tienes una pinta muy rara, Grady. ¿Te encuentras bien? —La pregunta me cogió por sorpresa—. Tienes la cara toda roja —continuó mi hermana—. Y mírate, estás tiritando.

—Me parece que vuelvo a tener fiebre —le dije.

—La fiebre del pantano —masculló mientras me examinaba—. Tal vez es la fiebre del pantano de la que me has hablado.

Me giré hacia la puerta de la cocina.

—¿Has oído los arañosos en la puerta de atrás? —pregunté.

—Sí —respondió en voz baja. Fijó la mirada en la puerta. Escuchamos. Silencio—. ¿Crees que se habrá escapado alguno de los ciervos? —preguntó, y dio unos pasos hacia la entrada. Tenía los brazos cruzados delante de su bata blanca y rosa.

—¿Crees que un ciervo arañaría la puerta? —le pregunté.

Era una pregunta tan tonta que los dos soltamos una carcajada.

—¡A lo mejor quería un vaso de agua! —exclamó Emily, y nos

echamos a reír, aunque era una risa nerviosa y falsa.

Dejamos de reír al mismo tiempo y escuchamos. Otro aullido se elevó como una sirena de la policía. Vi que Emily entrecerraba los ojos por el miedo.

—¡Es un lobo! —dijo en voz muy baja. Se puso una mano en la boca—. Sólo los lobos aúllan así, Grady.

—Venga, Emily —empecé a protestar.

—No, es verdad —insistió—. Es el aullido de un lobo.

—No digas tonterías, Em —le dije, y me senté en un taburete—. No hay lobos en los pantanos de

Florida. Lo puedes comprobar en las guías, y si no te lo crees, pregunta a papá y a mamá. Los lobos no viven en los pantanos.

Empezó a contradecirme, pero un ruido en la puerta la hizo detenerse. *Rac, rac, rac*. Lo oímos los dos y soltamos un grito ahogado.

—¿Qué es eso? —susurré, y después, al observarla, añadí con rapidez—: No repitas que es un lobo.

—No... no sé —contestó con las manos cerca de la cara y una expresión de miedo en el semblante—. Vamos a buscar a papá y a mamá.

Agarré el pomo de la puerta.

—Echemos un vistazo —dije.

No sabía de dónde me había salido ese súbito coraje. A lo mejor era la fiebre, pero de pronto sólo me interesaba resolver el misterio. ¿Quién o qué estaba rascando la puerta? Había una buena manera de descubrirlo... Salir afuera.

—¡No, Grady, espera! —me rogó Emily.

No le hice caso. Giré el pomo y abrí la puerta de la cocina.

11

Una ráfaga de aire caliente y húmedo se coló por la puerta abierta y me saludó el canto de las cigarras.

Mientras sujetaba la puerta, inspeccioné el jardín trasero en la oscuridad. Nada. La luna casi llena, amarilla como un limón, flotaba en lo alto del cielo, un poco velada por nubecillas oscuras.

De repente las cigarras cesaron de cantar y todo se quedó en silencio. Demasiado silencio. Con los ojos entrecerrados miré hacia lo lejos, hacia la oscuridad del pantano. No se movía ni oía nada.

Esperé a que los ojos se me acostumbraran a la oscuridad. La luz de la luna brillaba sobre la hierba y se veía en la lejanía, donde empezaba el pantano, el contorno oscuro de los árboles inclinados.

¿Quién o qué había arañado la puerta? ¿Me estaba mirando ahora, escondido en la sombra? ¿Estaba esperando a que cerrara para volver a empezar con sus aterradoros aullidos?

—Ciérrala, Grady —dijo mi hermana en un tono de voz muy asustado—. ¿Ves algo?

—No —le contesté—. Sólo la luna.

Me aventuré hacia la entrada trasera del jardín. El aire era caliente y húmedo como el ambiente en el cuarto de baño después de haberse duchado.

—Grady, vuelve y cierra —dijo Emily con voz temblorosa.

Eché un vistazo al cercado de los ciervos. Vi sus formas borrosas, inmóviles y silenciosas. El viento caliente hacía susurrar la hierba, y las cigarras volvieron a cantar.

—¿Hay alguien ahí? —dije en voz alta, y me sentí ridículo al

instante. No había nadie, naturalmente.

—Grady, cierra ahora mismo.

Sentí que la mano de Emily se posaba en la manga de mi pijama. Me arrastró hacia el interior de la cocina. Cerré la puerta y puse el candado.

Tenía escalofríos, la cara mojada por el aire húmedo de la noche, y me temblaban las rodillas.

—Parece que no te encuentras bien —dijo Emily. Echó una ojeada a la puerta por encima de mi hombro—. ¿Has visto algo?

—No —le repliqué—. Nada. Está todo muy oscuro, incluso con luna llena.

—¿Qué pasa aquí? —nos interrumpió una voz en tono severo.

Papá avanzó pesadamente hacia la habitación, ajustándose el cuello de la camisa del pijama.

—Es más de medianoche. —Nos miró alternativamente en busca de una respuesta.

—Hemos oído ruidos—dijo Emily—. Aullidos, allá fuera.

—Y después algo empezó a arañar la puerta —añadí yo, y traté de que las rodillas dejaran de moverse.

—Pesadillas debido a la fiebre —concluyó papá—. Mírate, estás rojo como un tomate y tiritando. Voy a ponerte el termómetro, debes de estar ardiendo.

Se encaminó al cuarto de baño para buscarlo.

—No era una pesadilla —le comentó Emily mientras lo seguía—. Yo también he oído aullidos.

Papá se paró en el umbral de la puerta.

—¿Has revisado la cerca de los ciervos?

—Sí, están bien —respondí.

—Entonces habrá sido el viento o algún animal del pantano. Es difícil dormir en una casa nueva. Los ruidos son diferentes y poco familiares, pero ya os acostumbraréis con el tiempo.

«Nunca me voy a acostumbrar a esos aullidos horribles», pensé tercamente, pero volví a mi habitación.

Papá me puso el termómetro. Sólo tenía unas décimas de fiebre.

—Mañana ya estarás completamente bien —dijo, y me tapó con la manta—. Y no más paseos por hoy, ¿de acuerdo?

Murmuré la respuesta, y casi al instante me sumergí en un sueño

agitado.

Volví a tener pesadillas extrañas y perturbadoras. Soñé que andaba por el pantano, que oía los aullidos y que veía brillar la luna llena entre los árboles de troncos delgados. Empezaba a correr y entonces, súbitamente, me encontraba hundido hasta la cintura en una densa ciénaga verduzca. Los aullidos continuaban resonando sin interrupción entre los árboles mientras me hundía en la ciénaga tenebrosa.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, el sueño me seguía dando vueltas en la cabeza. Me pregunté si los aullidos habrían sido reales o fruto de mi imaginación.

Mientras me levantaba de la cama, comprobé que me encontraba bien. La amarillenta luz del sol se filtraba por la ventana y se veía el cielo claro y azul. La belleza del día me hizo olvidar mis malos sueños.

Me pregunté si Will rondaría cerca y si podríamos explorar el pantano.

Me vestí con rapidez, me puse unos tejanos azules y una camiseta negra y plateada de los Raiders. No soy un hincha suyo, pero me gustan sus colores.

Me tragué un bol de cereales, dejé que mamá me pusiera la mano en la frente para que comprobara que no tenía fiebre, y corrí a la puerta de atrás.

—¡Espera! —me llamó mamá mientras colocaba en la mesa la taza de café—. ¿Adonde vas a estas horas?

—Quiero ver si Will está en casa —respondí—. Quizá vayamos a pasear por el pantano.

—De acuerdo, pero ten cuidado y no te canses demasiado —me avisó—. ¿Prometido?

—Prometido —contesté.

Abrí la puerta de la cocina, salí a la luz cegadora del sol y... lancé un grito de terror cuando un monstruo enorme y oscuro se me abalanzó sobre el pecho y me derribó en la hierba.

12

—¡Me... me ha cogido! —grité cuando me empujaba hacia el suelo y me saltaba sobre el pecho—. ¡Socorro! ¡Me está... me está lamiendo la cara!

Estaba tan asustado que tardé en darme cuenta de que mi atacante era un perro. Cuando papá y mamá acudieron a ayudarme y me retiraron el gran animal de encima, me puse a reír.

—¡Eh, que me haces cosquillas! ¡Estáte quieto!

Me limpié la saliva del perro de la cara y me puse de pie.

—¿De dónde sales? —preguntó mamá al perro. Papá y ella tenían cogido al enorme animal.

Lo soltaron. Se quedó moviendo la cola con alegría y jadeando con una lengua roja que le colgaba casi hasta el suelo.

—¡Qué grande es! —exclamó papá—. Debe de ser una mezcla de perro pastor.

Yo seguía limpiándome la saliva pegajosa de las mejillas.

—Me has dado un susto de muerte, perrito —dije.

Acerqué la mano y le acaricié la grisácea pelambrera de la cabeza. Su enorme cola comenzó a menearse más deprisa.

—Le gustas —dijo mamá.

—¡Casi me mata! —exclamé—. Míralo, seguro que pesa más de cincuenta kilos.

—¿Fuiste tú el que estuvo rascando la puerta anoche? —Emily apareció en la entrada. Todavía llevaba la camiseta larga que usaba de pijama—. Me parece que eso aclara el misterio —me dijo bostezando, y se colocó el pelo rubio detrás de los hombros.

—Es posible —mascullé.

Me arrodillé al lado del perrazo y le acaricié la espalda. Giró la cabeza y me volvió a lamer la mejilla.

—¡Puaj! ¡Ya vale! —le dije.

—¿De quién será? —dijo mamá mientras miraba al perro con ojos pensativos—. Grady, mira a ver el collar, quizá lleve una chapa de identificación.

Le agarré el ancho cuello y tanteé en la pelambrera en busca de un collar.

—No tiene —anuncié.

—A lo mejor es un perro callejero y por eso anoche rascaba la puerta —gritó Emily desde la cocina.

—Sí —dije al instante—. Necesita un sitio para vivir.

—¡Espera! —dijo mamá mientras negaba con la cabeza—. Me parece que no necesitamos ningún perro, Grady. Nos acabamos de mudar y...

—¡Pero mamá, necesito una mascota! —insistí—. Estoy aquí muy solo. Sería estupendo tener un perro, mamá. Me haría compañía.

—Tienes los ciervos —dijo papá mientras bostezaba. Se giró hacia el cercado. Los seis ciervos miraban al perro con recelo.

—¡No se puede sacar a pasear un ciervo! —protesté—. Además vas a soltarlos, ¿verdad?

—Seguro que tiene amo —dijo mamá—. No puedes quedarte con el primer perro que pasa por aquí. Además es demasiado grande para...

—Va, dejad que se lo quede —dijo Emily en voz alta desde la cocina.

La miré asombrado. No podía recordar la última vez que Emily y yo habíamos estado del mismo lado durante una discusión familiar.

La conversación continuó unos minutos más. Todos estábamos de acuerdo en que parecía un perro dulce y tranquilo a pesar de su enorme tamaño. La verdad es que era muy cariñoso, porque no paraba de lamerme.

Levanté la mirada y vi a Will que salía de su casa y se acercaba a nosotros atravesando el jardín de atrás. Llevaba una camisa azul sin mangas y unos pantalones cortos de ciclista de lycra, del mismo

color.

—¡Hola! ¡Mira lo que hemos encontrado! —dije en voz alta.

Presenté a Will a mis padres. Emily había vuelto a su habitación para vestirse.

—¿Habías visto alguna vez a este perro? —preguntó papá a Will—. ¿Sabes si es de alguien de por aquí?

Will negó con la cabeza.

—No, es la primera vez que lo veo. —Le acaricié la cabeza con cautela.

—¿De dónde sales, perrito? —le pregunté mientras le miraba a los ojos azulados.

—Se parece más a un lobo que a un perro —afirmó Will.

—Es verdad —dije—. ¿Por eso estuviste aullando como un lobo toda la noche? —pregunté al perro. Quiso lamerme la nariz, pero retiré la cara a tiempo.

Miré a Will.

—¿Oíste anoche los aullidos? Eran muy extraños.

—No, no oí nada —dijo Will—. Duermo como un tronco. Mi padre me despierta con un megáfono por las mañanas. ¡De verdad!

Todos nos pusimos a reír.

—La verdad es que tiene aspecto de lobo —comentó mamá, mirando los ojos azules del perro.

—Los lobos son más flacos —precisó papá—. Y tienen el hocico más estrecho. Puede que sea una mezcla de lobo, aunque no es muy probable en esta zona geográfica.

—Le llamaremos Lobo —sugerí con entusiasmo—. Es un nombre perfecto. —Me levanté—. Hola, Lobo. ¡Lobo! ¡Eh, Lobo! —Las orejas se le pusieron de punta—. ¿Veis? ¡Le gusta el nombre! —dije—. ¡Lobo! ¡Lobo! —Dio un ladrido—. ¿Puedo quedármelo? —pregunté.

Mamá y papá se intercambiaron las miradas unos instantes.

—Ya veremos —dijo mamá.

Esa misma tarde, Will y yo nos dirigimos al pantano para explorarlo. Las pesadillas no se me habían borrado de la cabeza, pero hice un esfuerzo por olvidarlas.

El sol ardía en un cielo claro y sin nubes y hacía un calor asfixiante. Cuando cruzábamos el jardín de atrás pensé que quizá se estuviera más fresco en la frondosa sombra del pantano.

Eché un vistazo a Lobo. Estaba tumbado y durmiendo la siesta al sol. Tenía las cuatro patas estiradas hacia delante.

Antes le habíamos dado de comer algunas sobras de rosbif de la cena de la noche anterior. Se lo había zampado todo casi de un bocado. Después se había bebido un bol entero de agua y se había tumbado sobre la hierba, en la entrada.

Will y yo seguíamos el sendero hacia los árboles inclinados. Cuatro o cinco mariposas monarcas de color negro y naranja revoloteaban por un campo de flores silvestres.

—¡Eh! —grité mientras se me hundía el pie en una parte cenagosa del camino. Cuando retiré la zapatilla, estaba cubierta de barro.

—¿Has visto la ciénaga? —preguntó Will—. Es muy chula.

—Vale, vayamos allí —contesté con entusiasmo—. Podemos lanzar palos y otras cosas parecidas para ver cómo se hunden.

—¿Tú crees que se habrá hundido alguien allí? —preguntó Will, pensativo. Se espantó un mosquito de la frente y después se rascó la cabeza por entre el pelo castaño, oscuro y corto.

—Es posible —dije, y le seguí cuando salía del sendero y atravesaba una amplia zona de cañas altas—. ¿Tú crees que podría tragarse a una persona como si fueran arenas movedizas?

—Mi padre dice que no existen las arenas movedizas —comentó Will.

—Pues yo me juego lo que quieras a que sí —le dije—. Y seguro que alguien ha caído por accidente y se lo ha tragado. Si tuviéramos una caña de pescar podríamos lanzar un sedal y recuperaríamos los huesos.

—¡Qué asco! —exclamó Will.

Caminábamos sobre una capa marrón de hojas muertas, y nuestras zapatillas crujían ruidosamente cuando pasábamos bajo las enmarañadas hojas de las palmeras, camino de la ciénaga.

De repente Will se detuvo y se puso el índice en los labios para pedir silencio. También yo lo oí. El crujido de unos pasos detrás de nosotros. Nos quedamos inmóviles en el sitio. Las pisadas se

acercaban más.

Will puso cara de miedo.

—Alguien nos sigue —murmuró—. ¡Es el ermitaño!

13

—¡Rápido, escondámonos! —dije en voz alta.

Will se escondió detrás de un denso matorral. Traté de seguirle, pero no había suficiente espacio para los dos.

Me arrastré con las manos y las rodillas y busqué desesperadamente un lugar para ocultarme.

Las pisadas se acercaban, y el crujido de las hojas muertas sonaba cada vez más fuerte.

Gateé hacia unas zarzas pero no me ocultaban del todo, y los helechos de enfrente eran demasiado pequeños. Las pisadas estaban más cerca, cada vez más cerca.

—¡Escóndete! ¡Escóndete! —dijo Will.

Pero estaba atrapado, sin protección. Estaba cogido. Intenté enderezarme justo cuando apareció nuestro perseguidor.

—¡Lobo! —chillé.

El rabo del perrazo empezó a moverse como loco en cuanto me vio. Lanzó un ladrido de alegría y saltó.

—¡No! —conseguí decir en voz alta.

Apoyó las patas de delante en mi pecho y caí hacia los matorrales, sobre Will.

—¡Eh! —exclamé, levantándome.

Lobo ladró con alegría y empezó a lamerme la cara. Casi me asfixia.

—¡Lobo... quita, quita! —le ordené. Empecé a sacarme las hojas secas de la camiseta—. Lobo, no hagas eso, no eres una pequeña mascota, ¿sabes?

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó Will mientras se sacudía la culera del pantalón.

—Supongo que porque tiene buen olfato —dije, y miré hacia abajo al feliz y jadeante animal—. A lo mejor es medio perro cazador o algo así.

—Vamos a la ciénaga —propuso Will con impaciencia. Él encabezaba la marcha, pero Lobo lo empujó para adelantarlo y estuvo a punto de derribarlo al suelo. Después continuó hacia la ciénaga, dando zancadas largas y firmes con sus poderosas patas.

—Parece como si Lobo supiera hacia dónde vamos —dije un poco sorprendido.

—Quizás ha estado antes —respondió Will—. Quizás es un perro de los pantanos.

—A lo mejor —dije pensativo, y miré a Lobo.

«¿De dónde sales, perrito?», me pregunté.

La verdad es que parecía que el pantano fuera su casa.

Al cabo de un rato llegamos al borde de la ciénaga. Me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano y observé la charca ovalada.

La superficie verdusca brillaba con los rayos del sol. Había miles de insectos minúsculos y blancos revoloteando por encima, y al atrapar la luz refulgían como diamantes.

Will cogió una ramita, la partió en dos por la mitad y después tiró uno de los trozos al aire. El palo golpeó la superficie con un sonido seco y se quedó flotando, sin hundirse.

—¡Qué extraño! —dije—. ¿Por qué no echamos algo más pesado?

Empecé a buscar, pero de pronto oí un gruñido no muy fuerte y me volví. Me sorprendió que fuera Lobo el que gruñía. Había bajado su gran cabeza y tenía todo el cuerpo en posición de ataque. Enseñaba sus afilados colmillos y no paraba de gruñir.

—Huele a peligro —dije en un murmullo.

14

Lobo soltó otro gruñido amenazador y mostró los irregulares colmillos. Tenía los pelos del lomo erizados y las patas en tensión, como si fuera a atacar.

El crujido de unas ramitas me hizo levantar la mirada. Vi una figura gris que salía como una flecha de detrás de unos altos matorrales, al otro lado de la ciénaga.

—¿Quién... quién es? —susurró Will. Miré con atención, incapaz de articular palabra—. Es... —empezó a decir.

—Sí —conseguí balbucear—. Es él, el ermitaño. —Me arrodillé pitando para que no me viera, pero quizá nos había visto ya. ¿Había estado allí todo el tiempo? Seguramente Will estaría pensando lo mismo.

—¿Nos habrá estado espiando ese bicho raro? —preguntó, acurrucado cerca de mí.

Lobo dio un gruñido bajo, todavía inmóvil y preparado para atacar. Me fui rápidamente a su lado en busca de protección. Observé al extraño personaje cuando atravesaba los matorrales. El pelo canoso le colgaba salvaje alrededor de la cara. Seguía mirando a sus espaldas, como si quisiera estar seguro de que nadie lo seguía. Llevaba un saco colgado al hombro. Dirigió la mirada en nuestra dirección y yo me agaché para esconderme detrás de Lobo. El corazón me latía desbocado.

Lobo no se había movido, aunque ahora estaba en silencio con las orejas todavía en punta y la boca abierta en un inaudible gruñido.

¿Qué eran esas manchas oscuras en la camisa mugrienta del ermitaño? ¿Manchas de sangre? Un escalofrío de miedo me recorrió la espalda.

Lobo miraba fijamente y sin parpadear, sin mover ni un solo músculo. El ermitaño desapareció por detrás de los altos matorrales. No lo veíamos, pero todavía oíamos sus pisadas sobre las hojas muertas y las ramitas caídas.

Eché un vistazo a Lobo. El perrazo agitaba la cabeza como si tratara de expulsar al ermitaño de ella. La cola se balanceaba despacio y se le relajaba todo el cuerpo. Gimoteó en voz baja, como si me explicara lo muy asustado que había estado.

—Está bien, perrito —dije con suavidad, y le acaricié la cabeza. Terminó de gemir y me lamió la muñeca.

—¡Ese tipo es repulsivo! —exclamó Will, levantándose lentamente del suelo.

—Incluso ha asustado al perro —comenté, y volví a acariciar a Lobo—. ¿Qué crees que llevaba en el saco?

—Seguro que la cabeza de alguien —dijo Will, con los ojos horrorizados.

Me eché a reír pero me detuve cuando vi que no estaba bromeando.

—Todos dicen que no es peligroso —dije.

—Tenía toda la pechera de la camisa manchada de sangre —dijo con un estremecimiento. Se pasó la mano por el pelo con nerviosismo.

La luz se debilitaba con rapidez mientras las nubes tapaban el sol. Largas sombras se extendían por la ciénaga. El palo que Will había arrojado había desaparecido engullido por el agua, densa y turbia.

—Volvamos a casa —sugerí.

—Vale, vale, de acuerdo —contestó Will al momento.

Llamé a Lobo, que estaba explorando los altos matorrales, e iniciamos el regreso por el sendero serpenteante.

Una suave brisa mecía los árboles y hacía crujir las hojas de las palmeras. Altos helechos se agitaban por el viento y las sombras se tornaban más profundas y oscuras.

Mientras caminábamos, oía detrás de nosotros el ruido que hacía

Lobo al pasar entre los arbustos y matorrales.

Estábamos casi en la zona donde se acababan los árboles y empezaba la hierba uniforme que conducía a los jardines traseros. Así que nos encontrábamos casi fuera del pantano cuando Will se detuvo súbitamente. Vi que su boca se abría en una expresión de horror. Me volví para seguir su mirada y entonces se me escapó un grito. Cerré los ojos para ahuyentar la horripilante visión.

15

Cuando volví a abrirlos, todavía estaba a mis pies el repugnante cuerpo cubierto de plumas.

—¿Qué... qué es eso? —tartamudeó Will.

Tardé un buen rato en darme cuenta de que se trataba de un pájaro muerto, una garza. Era difícil reconocerla porque había sido destrozada. Había plumas largas y blancas esparcidas por todo el suelo. El pecho del pobre pájaro había sido abierto en canal.

—¡El ermitaño! —chilló Will.

Me alejé de la horrible escena e intenté borrar la imagen de mi mente.

—¡Por eso tenía la camisa cubierta de sangre! —dijo Will.

—Pero, ¿por qué iba a destrozarse un pájaro? —pregunté sin mucha convicción.

—¡Porque... porque es un monstruo! —respondió Will.

—Es sólo un tipo extraño que vive solitario en el pantano —dije—. Él no haría una cosa así, Will. Ha debido hacerlo algún animal. ¡Mira! —Señalé hacia abajo.

Había huellas de pezuñas en el terreno pantanoso, alrededor del cadáver del pájaro.

—Parecen las huellas de un perro —dije, pensando en voz alta.

—Los perros no desgarran pájaros —replicó Will.

En ese momento, Lobo se acercó saltando por los matorrales, se paró delante del pájaro muerto y se puso a olisquearlo.

—¡Fuera de aquí, Lobo! —le ordené—. Venga, fuera de aquí. —Lo aparté, estirándole del robusto cuello con las dos manos.

—Volvamos a casa —dijo Will—. Alejémonos de esta cosa. Esta noche voy a tener pesadillas, seguro.

Arrastré a Lobo. Pasamos con cuidado por el lado de la garza muerta y nos apresuramos para salir del pantano. No dijimos ni una sola palabra. Supongo que todavía estábamos asimilando lo que habíamos visto.

Cuando llegamos al césped de detrás de nuestras casas me despedí de Will y observé que echaba a correr hacia la suya. Lobo lo siguió parte del camino y después volvió rápidamente a mi lado.

El sol de la tarde enviaba sus rayos a través de las nubes. Me protegí los ojos del brillo repentino y vi que papá trabajaba en el cercado de los ciervos.

—Hola, papá. —Corrí por la hierba hacia él.

Levantó la mirada cuando lo saludé. Llevaba unos pantalones cortos vaqueros y una camiseta amarilla sin mangas. Tenía puesta una gorra de los Orlando Magic inclinada sobre la frente.

—¿Qué pasa, Grady?

—Will y yo hemos visto una garza muerta —le expliqué sin aliento.

—¿Dónde, en el pantano? —preguntó sin prestar mucha atención. Se quitó la gorra y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Después volvió a ponérsela.

—Papá, estaba descuartizada —dije en voz alta. Mi padre no reaccionó.

—Es parte de la vida salvaje —comentó mientras levantaba la pezuña de uno de los ciervos para examinarla—. Tú ya lo sabes, Grady. La lucha de los animales por vivir puede ser muy cruel, ya hemos hablado otras veces sobre la supervivencia de los más fuertes y cosas como esas.

—No, papá, esto es diferente —insistí—. La garza estaba reventada, como si alguien la hubiera atrapado y...

—Quizá fue otro pájaro —me interrumpió mi padre mientras observaba con atención la pezuña—. Un gran pájaro de presa, puede que haya sido...

—Hemos visto al ermitaño —le interrumpí—. Tenía toda la camisa manchada de sangre y después vimos huellas de pezuñas en el terreno, alrededor del pájaro muerto.

—Mira, Grady —dijo papá tras soltar la pata del ciervo—, si vas a explorar el pantano, verás muchísimas cosas que te pueden asustar, pero no dejes que te domine tu imaginación.

—¡Will ha dicho que lo había hecho un monstruo! —exclamé.

Papá frunció el ceño y se rascó la cabeza por debajo de la gorra.

—Veo que tu nuevo amigo también tiene una gran imaginación —dijo con voz queda.

Esa noche estuve muy contento porque mis padres dejaron que Lobo durmiera en mi habitación. Me sentía muchísimo más seguro con el perro acurrucado en la alfombra, junto a la cama.

No había podido borrarle de la cabeza la horrible imagen de la garza muerta. Miré un poco la tele hasta la hora de la cena. Después de cenar jugué con Emily una larga partida de ajedrez.

Pero no importaba lo que hiciera, porque continuaba viendo las plumas blancas esparcidas por el suelo y el pájaro aplastado en el sendero.

Así que ahora me sentía más seguro porque Lobo dormía en la habitación.

—Me protegerás, ¿verdad perrito? —susurré desde la cama.

Resopló suavemente. La luz de la luna caía sobre él a través de la ventana. Vi que estaba durmiendo con la cabeza apoyada entre las patas delanteras, y me sumergí en un sueño profundo. No sé cuánto tiempo estuve durmiendo pero un ruido fuerte me despertó más tarde. Me incorporé con un grito ahogado. El ruido había sonado en la sala de estar. ¡Alguien había forzado la puerta!

16

¿Un ladrón?

Me levanté de la cama, con el corazón palpitándome a toda velocidad, y me deslicé hacia la puerta. Otro ruido, un golpe seco, el sonido de unas pisadas.

—¿Quién... quién es? —pregunté con voz ahogada.

Me dirigí despacio a la sala de estar, apoyándome en la pared.

—¿Quién está ahí? —grité.

Me encontré con papá, mamá y Emily en el oscuro pasillo. Incluso con esa oscuridad podía ver el temor y la confusión reflejados en las caras.

Fui el primero en llegar a la sala. La pálida luz amarillenta de la luna brillaba en la habitación.

—¡Eh! —chillé.

Lobo saltó contra la gran ventana del salón. Las patas golpearon el cristal con ímpetu.

—¡Lobo, quieto! —le ordené.

En la pálida luz, vi lo que había causado el estrépito. Lobo había tirado la mesa y una lámpara que estaban delante de la ventana.

—Quiere... quiere salir —tartamudeé.

Noté la mano de papá en el hombro.

—Qué estropicio —murmuró.

—¡Lobo, estate quieto! —volví a gritarle.

El perrazo se giró. Respiraba con dificultad y los ojos le brillaban rojizos a la luz de la luna.

—¿Por qué está tan desesperado por salir? —preguntó Emily.

—No podrá quedarse en casa si cada noche hace lo mismo —dijo mamá con la voz ronca de sueño.

El perro bajó la cabeza y soltó un gruñido nervioso. Tenía el rabo tieso e inmóvil.

—Abre la puerta y déjale salir —dijo mamá—, antes de que destroce toda la casa.

Papá atravesó la habitación a toda prisa y la abrió. Lobo no lo dudó ni un segundo y salió disparado.

Corrí a la ventana para verlo, pero el animal había desaparecido hacia el jardín de atrás por uno de los lados de la casa.

—Se dirige al pantano —supuse.

—Trataba de salir directamente por la ventana —dijo mamá.

Emily encendió una lámpara.

—Es tan fuerte que podría haberla roto —añadió Emily en voz baja.

Papá cerró la puerta y bostezó. Después se me quedó mirando.

—¿Sabes lo que significa eso, verdad Grady?

Yo todavía estaba mirando a la luna llena.

—No, ¿qué?

—Lobo tendrá que quedarse fuera a partir de ahora —dijo papá, y se agachó para recoger los pedazos rotos de la lámpara.

—Pero papá... —empecé a protestar.

—Es demasiado grande e inquieto para estar en la casa —continuó papá. Le pasó los pedazos a Emily y después levantó la mesa y la puso en su sitio.

—Lobo no quería romper la lámpara —añadí sin mucha convicción.

—Lo romperá todo —me dijo mamá con suavidad.

—Es demasiado grande —insistió papá—. Tendrá que quedarse fuera, Grady.

—¿Por qué estaba tan ansioso por salir? —preguntó Emily,

—Seguro que estaba acostumbrado a estar fuera —le contestó papá—. Estará más contento así —dijo, y se giró hacia mí.

—Sí, es posible —contesté con tristeza.

Me gustaba tener a Lobo dormido a mi lado en la habitación pero sabía que no iba a convencer a mis padres para que le dieran una segunda oportunidad. Lo tenían completamente decidido, pero

por lo menos me dejaban quedarme con él.

Saqué la aspiradora del armario y la enchufé. Papá cogió la boquilla y empezó a aspirar de la alfombra los trocitos de cristal.

«Perro loco —pensé mientras movía la cabeza preocupado—. ¿Qué le ha debido de ocurrir?»

Cuando papá terminó, volví a poner la aspiradora en el armario.

—Ahora tal vez podamos dormir en paz —dijo mamá bostezando.

Estaba equivocada.

17

Poco después volví a oír los aterradores aullidos. Primero pensé que soñaba, pero cuando abrí los ojos y eché un vistazo alrededor de la habitación oscura, los aullidos continuaron. Todavía casi medio dormido, agarré el cubrecama con las manos y lo estiré hasta la barbilla.

Los aullidos sonaban muy cerca, como si los lanzaran justo bajo la ventana. No parecían los gritos de un animal: eran demasiado furiosos, demasiado intencionados... demasiado humanos.

«Deja de asustarte a ti mismo —pensé—. Es un lobo, tiene que ser una especie de lobo de los pantanos.»

Sabía en mi subconsciente que podía ser Lobo el que hiciera esos aterradores aullidos, pero borré esa idea de mi mente. ¿Por qué iba a aullar de esa manera? Los perros ladran, y sólo aúllan cuando están muy tristes.

Cerré los ojos y deseé que cesaran los horribles aullidos. De repente, se dejaron de oír. Silencio. Entonces oí unos rápidos golpes secos en la hierba. Eran pisadas. Una especie de lucha. Luego oí un grito breve y terrorífico que se interrumpió casi tan pronto como había empezado. Me di cuenta de que provenía de la parte de atrás.

Completamente despierto, salté de la cama tan deprisa que arrastré el cubrecama conmigo. Trastabillé cuando me dirigía hacia la ventana y me agarré en el alféizar.

La luna llena había ascendido a lo más alto del cielo y el jardín de atrás se extendía plateado por su luz. También brillaba la hierba, cubierta de rocío.

Apoyé la frente contra el cristal de la ventana y miré detenidamente hacia la oscuridad del pantano. Cuando vi la oscura criatura que corría hacia allí, lancé un grito ahogado. Una gran criatura que corría a cuatro patas. Era sólo un oscuro perfil que se perdía en la noche, pero a pesar de todo, vi lo grande que era y que podía ir muy rápido.

Oí sus aullidos. Pensé que eran aullidos de triunfo. «¿Será Lobo?», me pregunté. Aunque la oscuridad se había tragado a la criatura, seguí observando. Sólo se veía el contorno de los árboles distantes, pero aún oía los aullidos, que subían y bajaban en el aire cargado de la noche. No podía ser Lobo, ¿verdad?

Bajé la mirada. Tenía un nudo en la garganta.

Vi algo en el jardín de atrás, a poca distancia del cercado. Al principio pensé que era un montón de trapos. Las manos me temblaban cuando abrí la ventana para echar un vistazo. Tenía que ver qué era eso.

Me abotoné el pijama, me agarré al alféizar, y luego descendí de la ventana hasta el suelo. La hierba estaba mojada bajo los pies. Me dirigí hacia el cercado. Los seis ciervos estaban nerviosos y se habían acurrucado juntos, cerca de la casa. Los ojos oscuros me seguían mientras atravesaba el jardín. «¿Qué es esa cosa? —me pregunté mientras miraba atentamente en la luz plateada—. ¿Es sólo un montón de trapos? No, imposible. Pero entonces, ¿qué es?»

18

Me sentía los pies desnudos fríos y húmedos mientras caminaba despacio por la hierba cubierta de rocío. El aire de la noche estaba cargado e inmóvil, inmóvil como la muerte.

Cuando estuve lo bastante cerca para ver bien lo que había en la hierba lancé un grito y sentí náuseas. Apreté la mano contra la boca y tragué con dificultad.

Me di cuenta de que aquello era un conejo muerto. Tenía los ojos pequeños y negros congelados en una mirada de terror, y una oreja arrancada. Lo habían desgarrado y casi partido por la mitad. Me obligué a apartar la vista.

Fui rápidamente hacia la ventana por la hierba húmeda y entré en la habitación. Mientras intentaba cerrarla, volvieron a oírse los aullidos, que ascendían triunfantes desde cerca del pantano.

A la mañana siguiente, después del desayuno, llevé a papá al jardín de atrás para enseñarle el conejo muerto. Era un día brillante y caluroso, y un sol rojizo ascendía por el cielo claro y sin nubes.

Lobo apareció por uno de los lados de la casa en el mismo momento en que nosotros salíamos por la entrada trasera, y empezó a agitar frenéticamente el rabo. Se acercó para saludarme, muy alegre, como si no me hubiera visto en años, y me saltó sobre el pecho. Estuvo a punto de derribarme.

—¡Baja, Lobo! ¡Baja! —dije riendo mientras él se estiraba para lamerme la cara.

—Tu perro es un asesino —dijo una voz detrás de mí.

Me di la vuelta y vi que Emily nos había seguido. Llevaba unos

pantalones blancos de tenis y una camiseta roja por fuera. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y miraba enfadada a Lobo.

—Fíjate lo que le ha hecho a ese pobre conejito —dijo con voz irritada.

—¿Qué? Espera —respondí, y acaricié la pelambrera grisácea de Lobo—. ¿Quién te ha dicho que lo ha hecho Lobo?

—¿Quién más lo podría haber hecho? —preguntó Emily—. Es un asesino.

—¿Ah, sí? —respondí—. Mira qué manso es. —Puse la muñeca en la boca de Lobo y éste la sujetó con cuidado para no hacerme daño.

—Puede que Lobo tenga algo de cazador —dijo papá pensativo. Había estado mirando el conejo con atención, pero ahora tenía los ojos fijos en el cercado de los ciervos.

Los animales estaban agrupados en uno de los lados y observaban a Lobo con cautela. Tenían las cabezas bajas y atentas mientras seguían cada uno de los movimientos del perro.

—Me alegro de que estén seguros dentro del cercado —dijo papá con suavidad.

—Papá, tienes que librarnos de esa bestia —pidió Emily con vehemencia.

—¡De ninguna manera! —chillé, y me giré enfadado hacia mi hermana—. No tienes ninguna prueba de que Lobo hiciera algo malo, ninguna.

—Y tú no tienes ninguna prueba de que no lo hiciera —respondió Emily con tono desagradable.

—¡Él no lo hizo! —grité mientras perdía el control de mí mismo—. ¿No oíste los aullidos ayer por la noche? ¿No oíste unos aullidos horribles? ¡Un perro no grita así, un perro no aulla de esa manera!

—Bueno, ¿entonces qué fue? —preguntó Emily.

—Yo también los oí —dijo papá, interponiéndose entre nosotros—. Parecían más los aullidos de un lobo, o tal vez un coyote.

—Lo ves —le dije a Emily.

—Pero me sorprendería mucho que alguien encontrara un lobo o un coyote en esta zona —continuó papá mientras miraba hacia el pantano.

Emily seguía con los brazos cruzados con rabia. Miró hacia

abajo a Lobo y se estremeció.

—Es peligroso, papá. Tenemos que desembarazarnos de él.

Papá se aproximó a Lobo y le acarició la cabeza. Después le rascó debajo del morro y el perro le lamió la mano.

—Vigilémoslo un poco —dijo papá—. Parece muy manso, pero desde luego no sabemos nada de él, así que tengamos cuidado. ¿De acuerdo?

—Yo tendré muchísimo cuidado —contestó Emily, entrecerrando los ojos hacia Lobo—. Voy a alejarme de este monstruo tanto como pueda. —Dio media vuelta y se marchó a la casa.

Papá se fue al cobertizo para coger una pala y una caja para enterrar el conejo. Me arrodillé y abracé el cuello robusto de Lobo.

—No eres un monstruo, ¿verdad, perrito ? —pregunté—. Emily está loca, ¿a que sí? Tú no eres un monstruo. Tú no eres el que corría anoche hacia el pantano, ¿verdad?

Levantó los ojos azules y profundos hacia los míos y me miró con fijeza. Parecía como si quisiera decirme algo, pero yo no tenía ni idea de lo que podía ser.

19

Esa noche no oí los aullidos. Me desperté a medianoche y miré por la ventana. Lobo se había ido, probablemente a explorar el pantano. Sabía que volvería por la mañana para saludarme como si fuera un amigo perdido hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente, apareció Will justo cuando le estaba dando el desayuno a Lobo, un gran bol de comida seca y crujiente para perros.

—Hola, ¿qué hay de nuevo? —preguntó Will con su saludo favorito.

—No mucho —dije. Enrollé la parte de arriba del gran paquete de comida para perros y lo arrastré a la cocina. Lobo estaba con la cabeza baja sobre el bol y masticaba ruidosamente.

Empujé la puerta mosquitera y volví con Will. Llevaba una camisa azul oscura y unos pantalones cortos de ciclista de lycra. Tenía puesta sobre el pelo oscuro una gorra verde y amarilla del Servicio Forestal.

—¿Te apetece ir a explorar? —preguntó con su voz ronca mientras miraba cómo Lobo devoraba el desayuno—. Ya sabes, el pantano.

—Sí, claro —respondí. Llamé a mis padres para decirles adonde iba y después seguí a Will por el jardín de atrás hacia el pantano.

Lobo iba correteando detrás de nosotros y nos adelantaba para luego dejar que lo alcanzáramos. Después corría alocadamente en zigzag, unas veces por delante y otras por detrás, y retozaba con alegría bajo el sol caliente de la mañana.

—¿Has oído algo sobre el señor Warner? —preguntó Will. Se detuvo para recoger una brizna de hierba y se la puso entre los dientes.

—¿Quién?

—Ed Warner —respondió Will—. Supongo que todavía no conoces a los Warner. Viven en la última casa.— Se giró y señaló la última casa blanca al final de la hilera de edificios del mismo color.

—¿Qué pasa con él? —pregunté, y estuve a punto de tropezar con Lobo, que había estado alborotando entre mis pies.

—Ha desaparecido —contestó Will mientras mascaba la brizna de hierba—. Anoche no regresó a casa.

—¿Eh? ¿De dónde no regresó? —pregunté, girándome para mirar la casa de los Warner. Las ondas de calor que reverberaban por la hierba hacían que la casa se viera borrosa y ondulada.

—Del pantano —repuso sombrío Will—. La señora Warner ha llamado a mamá esta mañana. Le ha dicho que su marido fue a cazar ayer por la tarde. Le gusta cazar patos salvajes. Me ha llevado con él un par de veces y es muy bueno con la escopeta. Cuando caza uno lo cuelga cabeza abajo en su casa.

—¿Eso hace? —pregunté en voz alta. Me parecía algo completamente vulgar.

—Sí, como un trofeo —continuó Will—. Bueno, a lo que iba, ayer por la noche fue a cazar patos salvajes al pantano y todavía no ha vuelto.

—¡Qué extraño! —exclamé mientras veía detenerse a Lobo al comienzo de la arboleda—. Puede que se haya perdido.

—¡Qué va! —dijo Will, negando con la cabeza—. El señor Warner no. Ha vivido en este lugar mucho tiempo. Fue el primero en instalarse aquí, y nunca se perdería.

—Entonces es posible que el hombre lobo lo haya atrapado —se oyó una voz rara a nuestras espaldas.

20

Nos giramos asustados y vimos a una chica de casi nuestra edad. Era pelirroja y llevaba el cabello atado en una coleta a un lado de la cabeza. Tenía los ojos verdes de gato, una nariz pequeña y pecas por toda la cara. Llevaba unos pantalones cortos rojos y descoloridos, y una camiseta con un cocodrilo verde sonriente en el pecho.

—Cassie, ¿qué haces aquí? —preguntó Will.

—Os seguía —respondió mientras hacía muecas de burla—. ¿Tú eres Grady, el nuevo, verdad? Will me ha hablado de ti.

—Hola —saludé con torpeza—. Él me dijo que vivía una chica por aquí, pero no me comentó nada más.

—¿Qué será eso de comentar? —se burló Will.

—Me llamo Cassie O'Rourke —dijo. Lanzó la mano disparada a la boca de Will y le quitó la brizna de hierba.

—¡Eh! —Will intentó darle con la mano, en broma, pero falló.

—¿Qué has dicho de un hombre lobo? —preguté.

—No empieces con ese rollo otra vez —le dijo Will a Cassie—. Es una estupidez.

—Lo que pasa es que estás asustado —le acusó Cassie.

—No estoy asustado, sólo que es una tontería —insistió Will.

Nos internamos entre las sombras de los árboles al borde del pantano. Una nube de mosquitos zumbaba agitadamente en un rayo de luz, entre la vegetación.

—Hay un hombre lobo en el pantano —dijo Cassie, y bajó la voz cuando esquivábamos los insectos y nos introducimos más adentro,

en las sombras.

—Y yo voy a batir mis alas y volar a Marte —dijo con sarcasmo Will.

—Cállate, Will —se quejó Cassie—. A Grady no le parece una estupidez, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—No sé —le dije—. Yo no creo en hombres lobo.

Will se rió.

—Cassie también cree en el conejo de Pascua —dijo.

Cassie le pegó un manotazo en el pecho.

—¡Eh! —gritó enfadado Will cuando retrocedía—. ¿Qué te pasa?

—Un mosquito —dijo a la vez que señalaba—. Uno grande, y lo he pillado.

Will miró hacia abajo con mala cara.

—No veo ningún mosquito. Déjame en paz, Cassie.

Caminamos por el sendero ventoso. El terreno estaba más mojado de lo habitual porque había llovido el día anterior.

—¿Oíste anoche los aullidos? —le pregunté a Cassie.

—Fue el hombre lobo —respondió con tranquilidad. Tenía los ojos de gato clavados en los míos—. No bromeo, Grady, hablo en serio. Esos gritos no eran humanos, esos gritos salían de un hombre lobo que acababa de matar.

Will se rió por lo bajó.

—Tienes mucha imaginación, Cassie. Supongo que has visto un montón de pelis de terror en la tele, ¿eh?

—La vida real da más miedo que las películas —dijo bajando la voz hasta que pareció un murmullo.

—Venga, corta ya. ¡Me haces temblar de arriba abajo! —exclamó Will con sarcasmo.

Ella no contestó, y siguió mirándome con atención mientras caminábamos.

—Me crees, ¿verdad?

—No lo sé —respondí.

La ciénaga apareció a la vista. El aire era más pesado y húmedo, y las altas cañas estaban erectas en el otro lado. La charca borboteaba con suavidad y dos moscas grandes bailaban sobre la oscura superficie verdusca.

—No existen los hombres lobo, Cassie —masculló Will mientras buscaba algo para tirar a la ciénaga. Le sonrió con malicia—. ¡A menos que tú seas uno!

Ella abrió los ojos de par en par.

—Muy divertido. —Hizo un movimiento con los dientes como si fuera a morderlo.

Oí un crujido en la charca ovalada. De repente se separaron las altas cañas y Lobo apareció en el borde del agua.

—¿Cómo es un hombre lobo? —preguntó Will con ironía—. ¿Tiene el pelo rojizo y pecas?

Cassie no respondió. Me giré y le vi una expresión de terror congelada en el rostro. Los ojos verdes se abrían y sus pecas parecían desteñirse.

—¡A... allí está el hombre lobo! —dijo tartamudeando, y señaló.

Sentí un escalofrío de miedo y me di la vuelta para ver hacia dónde estaba señalando. Su dedo apuntaba a Lobo. Me quedé horrorizado.

21

—¡No! —comencé a protestar.

Pero entonces vi que había malinterpretado la señal. Cassie no estaba refiriéndose a Lobo sino que estaba apuntando a la figura que se movía por las altas cañas, detrás del perro. ¡El ermitaño del pantano!

Lo vi avanzar con rapidez por entre las cañas, con los hombros encorvados y su canosa cabeza bamboleándose a cada paso. Cuando entró en un pequeño claro entre las cañas, me di cuenta de por qué estaba inclinado: llevaba algo sobre uno de los hombros, una especie de saco.

Lobo empezó a gruñir, y el ermitaño se detuvo. No era un saco lo que le colgaba del hombro sino un pato, un pato salvaje. Un pensamiento escalofriante surgió en mi mente: ¿se lo había robado al señor Warner?

¿Tenía razón Cassie? ¿Era un hombre lobo?

¿Había hecho algo horrible al señor Warner y era el pato salvaje su recompensa?

Traté de borrar esos terribles pensamientos de mi mente. Eran locuras, imposible.

Pero Cassie parecía asustadísima mientras miraba al ermitaño de ojos salvajes a través de la borboteante ciénaga. Y los aullidos durante la noche habían sido aterradores, humanos. Y los animales muertos habían sido descuartizados tan brutalmente como si... como si lo hubiera hecho un hombre lobo.

Lobo soltó otro gruñido amenazador y miró con atención al

ermitaño. Tenía la cola inmóvil y los pelos del lomo en punta.

El ermitaño se movía con rapidez. Vi cómo le brillaban los ojos oscuros justo antes de desaparecer por detrás de las cañas.

—¡Es él! —chilló Cassie a la vez que señalaba—. ¡Es el hombre lobo!

—Cállate, Cassie —le avisó Will—. Va a oírte.

Tragué saliva con dificultad, muerto de miedo. Vi que se movían las cañas y oí unos crujidos cada vez más cercanos.

—¡Corred! —gritó Will con voz ronca y asustada—. ¡Venga, corred!

Demasiado tarde. El ermitaño salió disparado de las cañas justo detrás de nosotros.

—¡Soy el hombre lobo! —gritó. Le brillaban los ojos salvajes por la furia; la cara, enmarcada por el largo pelo enmarañado, resplandecía roja—. ¡Soy el hombre lobo! —¡Había oído a Cassie! Se reía a todo pulmón mientras levantaba las manos y empezaba a dar vueltas al pato en amplios círculos sobre la cabeza—. Soy el hombre lobo —chilló.

Cassie, Will y yo nos pusimos a gritar al mismo tiempo, y después comenzamos a correr. Por el rabillo del ojo veía a Lobo. No se había movido del sitio donde estaba al otro lado de la ciénaga, aunque ahora empezaba a correr hacia nosotros mientras ladraba nervioso.

—Soy el hombre lobo —gritó el ermitaño, y se puso a aullar y a reír mientras movía el pato y nos perseguía.

—¡Déjanos en paz! —chilló Cassie, que corría detrás de Will y unos pasos por delante de mí—. ¿Me has oído? ¡Déjanos en paz!

Sus ruegos hicieron que el ermitaño se pusiera a aullar otra vez. Las zapatillas me resbalaban en el lodo. Cuando me giré, vi que me ganaba terreno; estaba ya casi a mi lado. Respiré en busca de aire e intenté correr más rápido. Afiladas enredaderas y pesadas hojas me golpeaban la cara y los brazos cuando avanzaba.

Todo estaba borroso por la luz y la sombra de los árboles y las plantas, de las altas cañas y las agudas zarzas.

—¡Soy el hombre lobo! ¡Soy el hombre lobo!

Los enloquecidos gritos y risas resonaban por todo el pantano. «Sigue corriendo, Grady —me espoleé—. Sigue corriendo.» De

pronto proferí un grito de terror porque sentí que me patinaban las zapatillas. Me caí de cara en el lodo y me golpeé con fuerza en las manos y las rodillas. Pensé que me había atrapado, que el hombre lobo me había cogido.

22

Traté frenéticamente de incorporarme del lodo pero volví a resbalar y a caer en el terreno pantanoso. «Ahora me tiene —pensé—. El hombre lobo me tiene y no puedo escaparme.» Tenía los músculos agarrotados por el miedo. Intenté incorporarme de nuevo y me giré, esperando ver cómo el ermitaño me cogía, pero no fue así. Se había detenido varios metros más allá con el pato colgando hacia el suelo y me miraba con una sonrisa burlona en su cara curtida. Me pregunté dónde estaría Lobo, que antes había gruñido furiosamente al ermitaño, y por qué no lo había atacado.

—¡Socorro! ¡Will! ¡Cassie! —grité desesperado.

Silencio. Se habían ido. Probablemente ya estarían fuera del pantano y corriendo hacia sus casas.

Estaba solo, solo para hacer frente al ermitaño. Me incorporé con los ojos fijos en él. ¿Por qué se reía en tono burlón?

—Sigue, vete —dijo, y gesticuló con la mano que tenía libre—. Sólo estaba bromeando.

—¿Qué? —La voz me salió floja y asustada.

—Vete. No voy a morderte —dijo con su sonrisa irónica un poco marchita. La luz parecía oscurecerle los ardientes ojos negros.

Lobo apareció detrás de él y lo miró. Después bajó los ojos hacia el pato muerto y soltó un ladrido, un agudo guau, pero vi que se había relajado y que no tenía intención de atacar al ermitaño.

—¿Este perro es tuyo? —preguntó mientras miraba a Lobo con cautela.

—Sí —respondí, con la respiración todavía entrecortada—. Lo...

lo encontré.

—Vigílalo —dijo el ermitaño con tono severo. Entonces se dio la vuelta, se llevó la enorme ave hacia el hombro y volvió a internarse en el cañaveral.

—¿Vi... vigílalo? —tartamudeé—. ¿Qué quiere decir?

Pero el ermitaño no contestó. Se oía el roce de su cuerpo contra las altas cañas mientras desaparecía de vuelta al pantano.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté a gritos.

Pero ya había desaparecido. El pantano estaba en completo silencio, salvo por el chirrido de los insectos y el sonido seco de las hojas de palmera al rozarse.

Miré fijamente a la cañada. Tenía miedo de que regresara el ermitaño, de que apareciera súbitamente a la vista para atacar de nuevo.

Dos mariposas blancas revoloteaban juntas sobre las cañas. Era lo único que se movía. Había dicho que bromeaba. Eso era todo, sólo bromeaba. Tragué saliva con dificultad e hice esfuerzos por normalizar la respiración. Después bajé la vista hacia Lobo. El perro estaba olisqueando el terreno donde había estado el ermitaño.

—Lobo, ¿por qué no me has protegido? —le regañé. El perro me miró, y después volvió a olisquear—. ¿Eres un perro o eres una gallina? —pregunté, quitándome el barro de las rodillas—. ¿Es ése tu problema? Pareces muy duro, pero en realidad eres una gallina.

Lobo me ignoró.

Me di la vuelta y me encaminé hacia casa mientras meditaba sobre el aviso del ermitaño. Oía correr a Lobo, que me seguía de cerca por entre las cañas y los matorrales mientras yo caminaba por el estrecho sendero.

«Vigílalo», había dicho el ermitaño. ¿Estaba bromeando? ¿Trataba sólo de asustarme?

El extraño hombre había visto que Will, Cassie y yo le teníamos miedo, así que había decidido divertirse a nuestra costa. Llegué a la conclusión de que eso era todo. Había oído a Cassie llamarle «hombre lobo» y por eso había querido darnos un buen susto.

Mientras caminaba por el terreno embarrado y bajo la sombra de las palmeras inclinadas, mi mente se llenaba de pensamientos sobre Cassie, Will, Lobo y los hombres lobo.

No vi la serpiente hasta que la hube pisado. Miré hacia abajo a tiempo de ver la brillante cabeza verde que salía disparada hacia delante. Sentí como una puñalada aguda de dolor cuando sus colmillos se clavaron en el tobillo. El dolor subía por toda la pierna. Lancé un grito ahogado antes de derrumbarme en el suelo.

23

Me acurruqué hasta formar una bola mientras el dolor se extendía por todo el cuerpo. Aparecieron en mis ojos unos puntitos rojos que fueron haciéndose cada vez más grandes hasta que lo vi todo de ese color. A través de la cortina roja observé cómo la serpiente se deslizaba hacia los arbustos. Me agarré el tobillo para calmar el dolor. La cortina se fue aclarando poco a poco hasta desaparecer. Al final sólo quedaba el dolor.

De pronto noté la mano mojada. ¿Sería sangre? Miré hacia abajo y vi que Lobo la lamía. Lamía con furia, como si tratara de curarme, como si quisiera que todo volviera a funcionar correctamente.

A pesar del dolor, me eché a reír.

—Está bien, perrito —le dije—. Está bien. Continuó lamiéndome la mano hasta que me levanté. Me sentía algo mareado y temblaba como una hoja. Traté de apoyarme en la pierna herida.

Me sentía un poco mejor y di un paso cojeando, después otro.

—Vamos, Lobo —dije. Me miró con comprensión.

Sabía que tenía que llegar rápidamente a casa. Si la serpiente era venenosa, tendría problemas. No había manera de saber cuánto tiempo me quedaba antes de que el veneno me paralizara por completo... o algo peor.

Lobo iba a mi lado mientras yo cojeaba por el camino hacia casa. Respiraba de forma entrecortada en busca de aire y me notaba el pecho pesado. El suelo oscilaba bajo mis pies. ¿Era por culpa del veneno de la serpiente o porque estaba tan asustado?

El dolor me atenazaba a cada paso, pero seguí obligándome a

andar mientras hablaba a Lobo todo el rato e ignoraba los pinchazos en el tobillo.

—Ya casi estamos, Lobo —le dije jadeando—. Ya casi estamos, amigo.

El perro se daba cuenta de que algo iba realmente mal. Permanecía a mi lado en lugar de correr en zigzag por delante y por detrás de mí, como hacía siempre.

El final del pantano apareció a la vista y vi la brillante luz del sol justo un poco más allá de los últimos árboles.

—¡Eh! —me llamó una voz. Vi a Will y a Cassie esperándome en la hierba.

Echaron a correr hacia mí.

—¿Estás bien? —gritó Cassie.

—No, me... me ha mordido —conseguí decir, jadeante—. Por favor... avisad a mi padre.

Salieron disparados hacia mi casa. Me dejé caer en la hierba, estiré las piernas y esperé. Quería tranquilizarme, pero me resultaba imposible. ¿Era venenosa la serpiente? ¿Se dirigía el veneno directamente al corazón? ¿Iba a morir en cualquier momento?

Acerqué las manos al tobillo y me saqué con cuidado, con mucho cuidado, las zapatillas llenas de fango. Después bajé el calcetín blanco poco a poco y me lo quité del pie.

El tobillo estaba un poco hinchado y la piel roja, salvo en una mancha arrugada alrededor de la picada. Dentro de la mancha se veían dos pequeñas incisiones, que supuraban brillantes gotas de sangre.

Al levantar los ojos de la herida vi a papá, vestido con pantalones cortos y una camiseta blanca, que se acercaba por la hierba seguido de cerca por Will y Cassie.

—¿Qué ha pasado? —oí que les preguntaba—. ¿Qué le ha pasado a Grady?

—¡Le ha mordido el hombre lobo! —respondió Cassie.

Continúa con la bolsa de hielo —dijo papá—. Te bajaré la hinchazón.

Me quejé, pero sostuve la bolsa contra el tobillo. Mamá

chasqueó la lengua desde la mesa de la cocina. Tenía un periódico delante. No podía saber si el chasquido era por mí o por las noticias del día.

Al otro lado de la puerta mosquitera se veía a Lobo sobre la hierba, un poco más allá de la entrada. Parecía dormido. Emily estaba en la sala delantera y miraba algún culebrón en la tele.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mamá.

—Mucho mejor —le respondí—. Creo que me dolía más sobre todo por el miedo.

—Las serpientes verdes no son venenosas —me recordó papá una vez más—, aunque he tomado todas las precauciones por si acaso. Lo vendaremos bien cuando termines con el hielo.

—¿Qué era toda esa historia sobre hombres lobo? —preguntó mamá.

—Cassie, que tiene la cabeza llena de hombres lobo —contesté—. Cree que el ermitaño es uno de ellos.

—Parece una niña muy dulce —dijo mamá con suavidad—. He tenido una agradable charla con ella mientras tu padre te curaba la herida. Tienes suerte de haber encontrado dos chicos de tu edad cerca del pantano.

—Desde luego —respondí, y desplacé la bolsa de hielo por el tobillo—. Pero nos está volviendo locos a Will y a mí con sus historias sobre los hombres lobo.

Papá se estaba lavando las manos en el fregadero de la cocina. Al acabar se las secó con un trapo y se giró hacia mí.

—Ese viejo ermitaño es inofensivo —dijo—. Al menos, eso es lo que dice todo el mundo.

—Bueno, pues a nosotros nos dio un buen susto —le comenté—. Nos persiguió por el pantano y gritaba que era el hombre lobo.

—Qué extraño —dijo papá pensativo. Arrojó el trapo a la encimera.

—Es mejor que os alejéis de él —dijo mamá, levantando la vista del periódico.

—¿Crees en hombres lobo? —pregunté.

Papá rió con disimulo.

—Tu madre y yo somos científicos, Grady, y no podemos creer en cosas sobrenaturales como hombres lobo.

—Tu padre es un hombre lobo —se burló mamá—. Tengo que afeitarme la espalda cada mañana para que parezca humano.

—Ja, ja —dije con sarcasmo—. Hablo en serio. ¿No habéis oído los extraños aullidos por la noche?

—Hay un montón de animales que aúllan —respondió mamá—. Me apuesto lo que quieras a que aullaste cuando la serpiente te mordió en el tobillo.

—¿No puedes hablar en serio? —dije con enfado—. Tú ya sabes que los aullidos no empezaron hasta que hubo luna llena.

—Me acuerdo perfectamente. Los aullidos no empezaron hasta que se presentó ese perro —dijo Emily en voz alta desde el salón.

—¡Déjame en paz, Emily! —exclamé.

—¡Tu perro es un hombre lobo! —gritó Emily.

—Ya he oído bastante sobre hombres lobo —refunfuñó mamá—. ¡Mirad, me han crecido pelos en las palmas! —Puso las manos en alto.

—Es sólo tinta del periódico —dijo papá. Se giró hacia mí—. ¿Te das cuenta? Todo tiene una explicación científica.

—Me gustaría que me tomarais en serio —dije con los dientes apretados.

—Bueno... —Papá miró fuera. Lobo se había dado la vuelta sobre la espalda y dormía con las cuatro patas al aire—. Sólo habrá dos noches más de luna llena —me comentó papá—. Esta noche y mañana por la noche. Si los aullidos cesan después de eso, entonces sabremos que era un hombre lobo que aullaba a la luna llena.

Papá se rió entre dientes porque creía que todo era una gran broma. No podía imaginar que esa misma noche sucedería algo que le haría cambiar su opinión sobre los hombres lobo... para siempre.

24

Will y Cassie vinieron después de cenar. Mamá y papá todavía estaban metiendo los platos en el lavavajillas y limpiando. Emily se había largado a la ciudad a ver la única película que daban.

Yo ya casi andaba bien y el tobillo apenas me dolía. Papá es bastante buen médico.

Estábamos sentados los tres en el salón y enseguida empezamos a discutir sobre los hombres lobo. Cassie insistía en que el ermitaño del pantano no estaba bromeando y que era uno de ellos. Will le dijo que era una idiota.

—Nos persiguió porque oyó que le llamaste «hombre lobo» —le dijo a Cassie enfadado.

—¿Por qué crees que vive solitario en lo más profundo del pantano? —le preguntó Cassie—. Porque sabe lo que le pasa cuando hay luna llena y no quiere que nadie se entere.

—Entonces, ¿por qué nos ha dicho a gritos esta tarde que era un hombre lobo? —preguntó Will con impaciencia—. Porque sólo estaba bromeando, por eso.

—Venga, chicos, cambiemos de tema —dije—. Mis padres son científicos y dicen que no hay pruebas de que existan hombres lobo.

—Eso es lo que dicen siempre los científicos —insistió Cassie.

—Tienen razón —dijo Will—. Los hombres lobo sólo existen en las películas. Eres una idiota, Cassie.

—¡Tú sí que eres idiota! —le replicó ella.

Se veía que no era la primera vez que se insultaban.

—Juguemos o hagamos alguna cosa —sugerí—. ¿Queréis usar la

Nintendo? Está en mi habitación.

—El señor Warner todavía no ha aparecido —dijo Cassie dirigiéndose a Will y pasando de mi sugerencia. Se estiró la coleta roja y después la echó hacia atrás—. ¿Sabes por qué? ¡Pues porque el hombre lobo lo ha matado!

—¡No digas estupideces! —dijo Will—. ¿Cómo lo sabes?

—A lo mejor eres tú el hombre lobo —le dije a Cassie.

Will se echó a reír a carcajadas.

—Sí, por eso eres tan experta en la materia, Cassie.

—¡Cállate la boca! —protestó Cassie—. ¡Tú pareces más un hombre lobo que yo!

—¡Pues tú pareces un vampiro! —le replicó Will.

—¡Vale, y tú te pareces a King Kong! —gritó ella.

—¿De qué estáis hablando, chicos? —le interrumpió mamá, asomando la cabeza en la habitación.

—Nada, hablamos de películas y cosas así —respondí con rapidez.

Por la noche no podía dormirme. Me giraba de un lado a otro y después vuelta a empezar. No conseguía sentirme cómodo. Estaba esperando los aullidos.

Un fuerte viento soplaba desde el golfo de México y se oía cómo se precipitaba sobre nuestra pequeña casa. Golpeaba la malla de alambre del cercado de los ciervos y sonaba como un constante siseo mientras yo me esforzaba por oír los familiares aullidos.

Justo cuando había empezado a dormirme comenzaron los aullidos. Salté al instante de la cama. El pie izquierdo me hizo daño cuando lo posé en el suelo. Otro aullido, lejos, apenas audible por encima del sonido uniforme del viento.

Fui cojeando a la ventana. El tobillo se había entumecido un poco en la cama. Apoyé la cara contra el cristal de la ventana y observé.

La luna llena, gris como una calavera, flotaba baja en el cielo negro como el carbón. La hierba mojada brillaba bajo su manto de pálida luz. Una ráfaga de viento golpeó la ventana. Me aparté asustado y escuché: otro aullido, esta vez más cerca. Un temblor

frío me recorrió la espalda. ¿Había sonado realmente cerca o era el viento que lo traía desde el pantano?

Miré de soslayo al exterior. Los remolinos de viento balanceaban la hierba de un lado al otro. El suelo parecía girar con el brillo pálido de la luna. Otro aullido, aún más cercano. No veía nada y necesitaba saber quién o qué hacía ese terrorífico sonido.

Me puse los tejanos encima del pantalón del pijama y conseguí meter los pies en un par de zapatillas, luchando en la oscuridad.

Empecé a salir de la habitación pero me detuve cuando oí un estrépito, un golpe sordo y duro, un ruido seco. Justo al otro lado de la ventana, fuera de la casa. El corazón me latía con fuerza mientras corría por el pasillo oscuro. Me dolía el tobillo pero no le prestaba atención. Atravesé la cocina, llegué a la puerta trasera y la abrí. Una fuerte ráfaga de viento me echó hacia atrás cuando abrí la puerta mosquitera.

El viento era caliente y húmedo. Otra ráfaga fuerte me empujó. Pensé que el viento trataba de que no saliera, de que no resolviera el misterio de los espeluznantes aullidos.

Bajé la cabeza para evitar las ráfagas de viento y salté hacia delante desde la entrada.

—¡Uau! —grité cuando el dolor me invadió toda la pierna.

Esperé a que los ojos se ajustaran a la débil luz y escuché con atención. Ahora no se oían aullidos, sólo el agudo y monótono soplar del viento que me empujaba sin cesar hacia la casa.

El jardín trasero refulgía silencioso a la luz de la luna. Todo se veía plata y gris. Lo inspeccioné con los ojos, barriendo toda la hierba agitada: estaba vacío.

¿Qué había causado entonces el estrépito que había oído desde la habitación? ¿El golpe sordo? ¿El ruido seco? ¿El tamborileo agudo? ¿Por qué habían cesado los aullidos cuando había salido? «Qué misterio más extraño», pensé.

El viento húmedo se arremolinaba a mi alrededor. Me sentí derrotado y decidí volver a la casa y... Solté un grito de terror cuando vi que el hombre lobo había vuelto a matar.

25

Di un paso entre los remolinos de viento hacia el cercado de los ciervos.

—¡Papá! —llamé. Pero la voz me salió como un silencioso murmullo—. ¡Papá! —traté de gritar, pero tenía la garganta demasiado seca y bloqueada por el miedo.

Miré hacia el frente y di otro paso. Ahora lo veía con claridad: una escena de muerte, pálida luz y penumbra. Los únicos sonidos eran el martilleo de mi corazón, el ulular del viento y el golpeteo de la malla de alambre del cercado.

Di otro paso para acercarme más.

—¡Papá! ¡Papá! —grité sin pensar, sin oírme a mí mismo, sabiendo que él no podía oírme.

Pero yo quería que estuviera allí, o que hubiera alguien conmigo. No quería estar solo en el jardín.

No quería ver el agujero que alguien había hecho en uno de los lados de la cerca y tampoco quería ver el ciervo muerto que yacía tan tristemente tumbado sobre uno de los costados.

Los otros cinco ciervos permanecían agrupados en la otra punta de la cerca. Tenían los ojos llenos de miedo clavados en mí.

El viento húmedo y caliente soplaba por todas partes, aunque yo me sentía completamente helado. Un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo y tragué saliva con dificultad para tratar de quitarme el nudo que tenía en la garganta.

Entonces, antes incluso de darme cuenta de lo que hacía, comencé a correr a casa gritando:

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Papá! ¡Mamá! —chillé a pleno pulmón.

Los gritos se elevaron con las ráfagas de viento, como los terroríficos aullidos que había oído un poco antes.

Papá arrastraba el ciervo muerto hacia el jardín de atrás, y la chaqueta del pijama se le agitaba al viento. Después de dejarlo allí, mientras yo lo observaba desde la ventana de la cocina, remendó el cercado con una gran lámina de cartón.

Cuando intentaba entrar en Casa, el fuerte viento estuvo a punto de arrancar la puerta mosquitera de sus goznes. Papá cerró de un portazo y puso el candado. Tenía gotas de sudor en la frente, y una de las mangas del pijama manchada de barro.

Mamá le sirvió un vaso de agua del fregadero y él se la bebió casi sin respirar. Después se secó el sudor de la frente con un trapo de cocina.

—Me temo que tu perro es un asesino —me dijo con suavidad. Lanzó el trapo a la encimera.

—¡No ha sido Lobo! —exclamé—. ¡No ha sido él!

Papá no contestó. Aspiró una profunda bocanada de aire y después la soltó despacio. Mamá y Emily miraban en silencio desde enfrente del fregadero.

—¿Por qué piensas que ha sido Lobo? —pregunté.

—He visto las huellas en el suelo —respondió, frunciendo el entrecejo—. Huellas de perro.

—No ha sido Lobo —insistí.

—Voy a tener que llevarlo a la perrera por la mañana —dijo papá—. La que está en el otro condado.

—¡Pero lo matarán! —chillé.

—El perro es un asesino —insistió papá sin inmutarse—. Sé cómo te sientes, Grady, lo sé, pero el perro es un asesino.

—¡No ha sido Lobo! —volví a gritar—. Estoy seguro de que no ha sido Lobo. He oído los aullidos, papá, ha sido un lobo.

—Grady, por favor... —empezó a decir débilmente.

Entonces las palabras me estallaron en la boca.

Perdí todo control sobre ellas y me salieron torrenciales.

—¡Ha sido un hombre lobo, papá! Hay un hombre lobo en el

pantano. Cassie tiene razón. No es un perro, ni tampoco un lobo. Es un hombre lobo el que ha estado matando los animales y el que ha matado a tu ciervo...

—Ya vale, Grady —me interrumpió papá con impaciencia.

Pero yo no podía callarme.

—Sé que tengo razón —dije con una voz tan estridente que no parecía la mía—. Hemos tenido luna llena esta semana, ¿verdad? Y ha sido cuando han empezado los aullidos. Es un hombre lobo, papá. El ermitaño del pantano. Ese loco que vive en la cabaña del pantano. Es un hombre lobo. Nos lo dijo. Nos persiguió y nos dijo que era un hombre lobo. ¡Lo dijo, papá! No ha sido Lobo. El hombre lobo ha matado al ciervo esta noche. He oído los aullidos fuera, y entonces... entonces...

La voz se me había atragantado en la garganta y empecé a ahogarme. Papá llenó el vaso con agua y me lo ofreció. Me la tragué sediento. Después me puso la mano en el hombro para calmarme.

—Grady, mañana continuaremos hablando, ¿vale? Los dos estamos muy cansados ahora para pensar con claridad. ¿Qué te parece?

—¡No ha sido Lobo! —exclamé tercamente—. Sé que no ha sido él.

—Por la mañana —repitió papá, con la mano todavía apoyada en el hombro.

Estaba tembloroso y jadeante, y el corazón me martilleaba.

—Sí, de acuerdo —dije al final—. Por la mañana.

Volví despacio a mi habitación, pero sabía que no iba a dormir.

Cuando me levanté a la mañana siguiente papá ya se había ido.

—Ha ido al almacén —me dijo mamá—, a comprar tela metálica para reparar el cercado.

Bostecé. Había caído en un sueño agitado a eso de las dos y media, pero todavía me encontraba cansado y nervioso.

—¿Está Lobo por ahí fuera? —pregunté ansiosamente. Fui a la ventana de la cocina antes de que pudiera contestarme.

Vi a Lobo en el caminito que conducía a casa. Tenía una pelota de goma de color azul entre las patas delanteras, y la mordía con

furia.

—Seguro que está hambriento, esperando el desayuno —dije entre dientes.

Oí el ruido de la gravilla cuando papá se acercaba con el coche. El maletero estaba medio abierto y sobresalía un rollo de tela metálica.

—Buenos días —saludó papá cuando entró en la cocina. Tenía una expresión sombría en la cara.

—¿Vas a llevarte a Lobo? —le pregunté inmediatamente mirando al perro, que continuaba mordiendo la pelota de goma. Estaba muy simpático.

—La gente de la ciudad está preocupada —respondió papá, y se sirvió una taza de café—. Esta semana han aparecido muchos animales muertos, y Ed Warner, un tipo que vive unas casas más allá, ha desaparecido en el pantano. La gente está muy inquieta porque también ha oído los aullidos.

—¿Vas a llevarte a Lobo? —repetí con voz temblorosa.

Papá asintió con la cabeza, con una expresión sombría todavía reflejada en la cara. Dio un largo sorbo al café.

—Ve y mira las huellas fuera del cercado, Grady —dijo con los ojos clavados en mí—. Venga, echa un vistazo.

—No me importan las huellas —gemí—. Sé que...

—No podemos arriesgarnos más —dijo papá.

—¡No me importa! ¡Es mi perro! —grité.

—Grady... —Papá posó la taza en la mesa y se acercó a mí, pero yo lo esquivé y corrí hacia la puerta mosquitera. La empujé y salté desde la entrada trasera.

Lobo se incorporó tan pronto como me vio. Su cola empezó a moverse, dejó la pelota de goma azul detrás y comenzó a trotar hacia mí con entusiasmo. Papá estaba justo a mis espaldas.

—Voy a llevarme al perro ahora mismo, Grady —dijo papá con la voz en un murmullo. Se adelantó para coger a Lobo.

—¡No! —grité—. ¡No! ¡Corre, Lobo! ¡Corre! Lo empujé. El perro se giró hacia mí, inseguro. —¡Corre! —volví a gritar—. ¡Corre! ¡Corre!

26

Le di otro fuerte empujón.

—¡Corre! ¡Corre, perrito! ¡Escapa!

Papá había agarrado a Lobo, pero no lo tenía bien cogido.

Lobo se desembarazó de él y empezó a correr hacia el pantano.

—¡Eh! —exclamó papá enojado. Lo persiguió hasta el final del jardín, pero el perrazo era demasiado rápido para él.

Me quedé detrás de la casa, respirando con dificultad, y miré a Lobo hasta que desapareció por los árboles bajos al borde del pantano.

Papá se giró con una expresión de enfado en la cara.

—Eso ha sido una tontería, Grady —refunfuñó. No dije nada—. Lobo regresará más tarde —dijo papá—. Cuando lo haga, me lo llevaré.

—Pero papá... —comencé a decir.

—No más discusiones —dijo con severidad—. En cuanto vuelva el perro, lo llevaré a la perrera.

—¡No puedes hacerlo! —exclamé.

—Es un perro asesino, Grady, y no tengo elección. —Papá se dirigió al coche—. Ven a ayudarme a descargar la tela metálica. Necesito que me eches una mano para reparar el cercado.

Dirigí una mirada al pantano cuando lo seguía al coche. «No vuelvas —pedí en silencio—. Por favor, no vuelvas.»

Estuve observando el pantano a lo largo del día. Estaba nervioso

y no tenía apetito. Después de ayudar a papá a reparar el cercado, me quedé en mi habitación e intenté leer un libro, pero veía las palabras borrosas. Por la tarde, Lobo todavía no había regresado. «Estás a salvo, Lobo —pensé—. Al menos por hoy.» Toda la familia estaba tensa y casi no hablamos durante la cena. Emily nos explicó la película que había visto la noche anterior, pero nadie participó en la conversación.

Me fui pronto a la cama porque estaba muy cansado, supongo que de la tensión y de haber estado despierto casi toda la noche anterior.

La habitación estaba más oscura de lo normal. Era la última noche con luna llena, pero un pesado manto de nubes la ocultaba.

Apoyé la cabeza en la almohada y traté de dormir, aunque continué pensando en Lobo. Poco después empezaron los aullidos. Me deslicé de la cama y me apresuré hacia la ventana. Entrecerré los ojos y miré en la oscuridad: los nubarrones todavía cubrían la luna. El aire estaba quieto. Nada se movía.

Oí un ligero gruñido y Lobo apareció a la vista. Estaba rígido en medio del jardín de atrás, la cabeza levantada al cielo, y soltaba leves gruñidos. Mientras lo observaba a través de la ventana, el perrazo empezó a caminar inquieto de un lado a otro del jardín.

«Está moviéndose como un animal enjaulado», pensé. Camina y gruñe como si realmente le preocupara o le asustara algo.

Mientras caminaba seguía levantando la cabeza a la luna detrás de las nubes y gruñía. «¿Qué es lo que pasa?», me pregunté. Tenía que descubrirlo.

Me vestí con rapidez en la oscuridad, poniéndome los tejanos y la camiseta que había llevado todo el día. Intenté torpemente calzarme las zapatillas. La primera vez me puse la izquierda en el pie derecho. Estaba tan oscura la habitación sin el brillo de la luz de la luna...

En cuanto las tuve atadas, volví a correr a la ventana. Vi que Lobo abandonaba el jardín y que avanzaba pesadamente en dirección al pantano. Decidí seguirlo y demostrar de una vez por todas que él no era un asesino... o un hombre lobo.

Tenía miedo de que mis padres pudieran oírme si iba a la puerta de la cocina, así que me deslicé fuera por la ventana. La hierba

estaba húmeda por el rocío. El aire también estaba húmedo y casi tan caliente como durante el día. Las zapatillas chapoteaban y se deslizaban por la hierba mojada mientras me apresuraba por seguir a Lobo.

Me detuve al final del jardín de atrás. Lo había perdido. Todavía lo oía en algún sitio por delante de mí. Oía el sonido suave de sus patas en el suelo pantanoso, pero estaba demasiado oscuro para verlo.

Seguí el sonido de sus pisadas mientras miraba cómo se deslizaban las nubes negras. Casi había llegado al pantano cuando oí unas pisadas detrás de mí. Con la respiración entrecortada por el miedo, me detuve y escuché con atención. Sí, eran pisadas que se acercaban con rapidez.

27

—¡Eh! —Solté un grito ahogado y di vueltas sobre mí mismo. Al principio sólo veía oscuridad—. ¡Eh!, ¿quién está ahí? —Mi voz sonó como un murmullo silencioso.

Will apareció de la oscuridad.

—Grady, ¿eres tú? —dijo en voz alta. Se acercó más. Llevaba una sudadera oscura y unos tejanos negros.

—Will... ¿qué haces aquí? —le pregunté casi sin aliento.

—He oído los aullidos —respondió—, y he decidido investigar.

—Yo también. Estoy contento de verte. Podemos explorar juntos.

—También yo estoy contento —dijo—. Estaba tan oscuro, no... no sabía que eras tú, pensé que...

—Estaba siguiendo a Lobo —le dije. Yo encabezaba la marcha al pantano. Iba oscureciendo conforme pasábamos por debajo de los árboles bajos.

Mientras caminábamos le expliqué lo de la noche anterior, lo del ciervo asesinado, las huellas alrededor del cerco. Le dije que la gente del pueblo hacía comentarios y que mi padre había decidido llevarse a Lobo a la perrera.

—Sé que Lobo no es un asesino —le dije—. Lo sé, pero Cassie me asustó tanto con todas sus historias de hombres lobo...

—Cassie es tonta —me interrumpió, y señaló hacia las cañas—. ¡Mira, ahí está Lobo!

Vi su silueta oscura moviéndose con regularidad a través de la densa penumbra.

—Qué estúpido he sido, tendría que haber traído una linterna —murmuré.

Lobo desapareció detrás de las cañas. Will y yo seguimos el ruido de sus pisadas y anduvimos durante unos cuantos minutos. De pronto me di cuenta de que ya no oía al perro.

—¿Dónde está Lobo? —murmuré, y mis ojos inspeccionaron los matorrales oscuros y los árboles bajos—. No quiero perderlo.

—Ha ido por este camino —dijo Will—. Sígueme.

Nuestras zapatillas patinaban en el terreno fangoso y mojado. Me di una palmada en la nuca para espantar un mosquito, pero demasiado tarde. Sentí la sangre tibia.

En la espesura del pantano, más allá de la ciénaga, reinaba ahora un silencio inquietante.

—¿Eh, Will?

Me detuve y lo busqué.

Un pequeño grito escapó de mis labios cuando noté que lo había perdido. No sé cómo, pero nos habíamos separado. Oí un crujido delante de mí, el sonido de unas ramitas rotas y el ruido de las cañas, pisadas y apartadas del camino.

—¿Will? ¿Eres tú? ¿Will? ¿Dónde estás?

De repente me iluminó la pálida luz mientras se deslizaba despacio sobre el terreno. Miré hacia arriba y vi que las densas nubes se apartaban. La luna llena amarilla resplandecía alta en el espacio.

Mientras la luz se movía lentamente por el pantano, una estructura baja apareció a la vista enfrente de mí. Al principio no podía imaginarme lo que era. ¿Una especie de planta gigantesca? No. Cuando la iluminó la luz de la luna me di cuenta de que estaba mirando la cabaña del ermitaño del pantano. Me detuve, muerto de miedo, y entonces empezaron los aullidos.

El escalofriante sonido rasgaba el pesado silencio. Un horrible grito, muy alto, muy cercano, ascendía por el aire inmóvil, ascendía y después bajaba. El sonido era tan horripilante que levanté las manos para taparme los oídos.

«¡El ermitaño del pantano! —pensé—. ¡Es un hombre lobo!»
¡Sabía que era el hombre lobo! Tenía que escapar de aquel sitio, tenía que volver a casa. Me di la vuelta y me alejé de la pequeña

cabaña. Me temblaban tanto las piernas que tenía dificultades para andar.

«¡Huye! ¡Huye! ¡Huye!» Las palabras se repetían en mi mente, pero antes de que pudiera moverme, el hombre lobo saltó de detrás de un árbol. Soltó su horripilante aullido, se abalanzó sobre mí y me empujó al terreno pantanoso.

28

Mientras la luz amarilla de la luna llena lo iluminaba todo, miré la cara del hombre lobo cuando me inmovilizaba en el suelo. Los ojos negros me miraban fijamente desde una cara humana, una cara humana cubierta de pelos de lobo. Aullaba enfurecido, y su hocico de animal estaba completamente abierto y mostraba dos relucientes hileras de colmillos de lobo.

«¡Es un lobo humano! —pensé horrorizado—. ¡Un hombre lobo!»

—¡Apártate! —chillé—. ¡Apártate de mí, Will!

Era Will. El hombre lobo era Will. A pesar de la piel de lobo densa y apelmazada, reconocí los rasgos oscuros, los ojos pequeños de color negro y el cuello robusto y corto.

—¡Will...! —grité.

Luché para desembarazarme de él, para tratar de liberar el cuerpo de su abrazo, pero era demasiado poderoso y no podía moverme.

—¡Will... suéltame!

Levantó hacia la luna la cara cubierta de pelo y lanzó un aullido animal. Después, mientras gruñía enfurecido, bajó la cabeza de bestia y me hundió los colmillos en el hombro. Solté un grito de dolor. Los ojos se me llenaron de destellos rojos y cegadores.

Luché a ciegas con manos y pies para liberarme, pero él tenía la fuerza de un animal y era mucho más fuerte que yo... más fuerte...

Los destellos rojos se oscurecieron hasta volverse negros. Todo se difuminaba a mi alrededor hasta volverse negro. Sentía que me

hundía, que me sumergía en un túnel oscuro. Me hundía para siempre en la profunda oscuridad sin fin.

Un fuerte gruñido me devolvió el conocimiento. Miré desconcertado hacia arriba y vi que Lobo se arrojaba sobre Will. Éste soltó un aullido furioso y se giró para luchar contra el perro.

Observé con atónita incredulidad cómo peleaban, cómo se mordían, se clavaban las garras, cómo gruñían, resoplaban y rugían.

—Will... Will, eras tú... todo el tiempo eras tú... —murmuré mientras trataba de ponerme en pie.

Me agarré al tronco de un árbol. El suelo parecía deslizarse bajo mis pies. Las dos criaturas continuaban luchando, aullando y gruñendo mientras se clavaban las garras, peleando sobre el terreno pantanoso.

—Sabía que no era Lobo —dije entre dientes—. Sabía...

Y entonces un grito ensordecedor me dejó aterrorizado y caí de rodillas. Miré hacia arriba a tiempo de ver a Will, que huía corriendo a cuatro patas por las cañas altas. Lobo lo seguía de cerca y le mordía las patas de atrás mientras corría, le saltaba encima, le hincaba los dientes y le arañaba.

Después Will soltó otro grito de dolor, un grito de derrota. Cuando el angustioso grito se apagó, me hundí en la oscuridad de las tinieblas.

—Tienes un poco de fiebre —dijo mamá—, pero te pondrás bien.

—La fiebre del pantano —murmuré con debilidad. Miré a mamá e intenté fijar la vista porque le veía la cara borrosa, iluminada por la luz tenue. Tardé un rato en darme cuenta de que estaba en mi habitación—. ¿Cómo... cómo he llegado hasta aquí? —tartamudeé.

—El ermitaño te ha encontrado en el pantano y te ha traído a casa —dijo mamá.

—¿De verdad? —Traté de incorporarme, pero me dolía el hombro. Me di cuenta entonces con sorpresa de que estaba fuertemente vendado.

—El... el hombre lobo... Will... me ha mordido —dije mientras tragaba saliva con dificultad. La cara de papá se iluminó.

—¿Qué estás diciendo, Grady? ¿Por qué sigues obsesionado con lo del hombre lobo?

Me levanté un poco y les conté toda la historia. Escucharon en silencio, mirándose de vez en cuando mientras hablaba.

—Will es un hombre lobo —concluí—. Con la luna llena se ha transformado en un lobo y...

—Voy a investigarlo ahora mismo —dijo papá, mirándome con atención—. Tu historia es una locura Grady, una locura. Tal vez es la fiebre, no lo sé, pero ahora mismo voy a casa de tu amigo para saber qué pasa.

—Papá... ten cuidado —le dije—. Ten cuidado.

Al poco rato papá volvió con expresión de desconcierto. Yo estaba sentado en el salón. Me sentía mejor y tenía un gran bol de palomitas de maíz sobre las rodillas.

—No hay nadie allí —dijo papá, rascándose la cabeza.

—¿Eh, qué quieres decir? —preguntó mamá.

—La casa está vacía —nos comentó papá—. Desierta. ¡Parece como si nadie hubiera vivido allí durante meses!

—¡Uau, Grady! ¡La verdad es que tienes amigos muy extraños! —exclamó Emily, abriendo los ojos de par en par.

—No logro entenderlo —dijo papá, meneando la cabeza.

Yo tampoco, pero no me importaba. Will se había ido, el hombre lobo se había ido para siempre.

—Entonces, ¿puedo quedarme con Lobo? —le pregunté a papá. Me levanté de la silla y crucé la habitación para acercarme a él—. Lobo me ha salvado la vida. ¿Puedo quedármelo?

Papá me miró pensativo pero no dijo nada.

—El ermitaño del pantano nos ha dicho que vio cómo el perro perseguía algún animal para alejarlo de Grady —dijo mamá.

—Probablemente era una ardilla —bromeó Emily.

—Emily, déjame en paz —me quejé—. Lobo me ha salvado la vida de verdad —les dije.

—Bueno, puedes quedarte con él —dijo papá no demasiado convencido.

—¡¡Bien!! —Le di las gracias y me fui lleno de alegría al jardín para darle un gran abrazo a Lobo.

Todo eso pasó hace casi un mes. Desde entonces, Lobo y yo hemos pasado unos ratos maravillosos explorando el pantano. He llegado a conocer cada centímetro del pantano de la Fiebre, es como mi segunda vivienda.

A veces Lobo y yo dejamos que Cassie venga a explorar con nosotros. Es divertida, aunque siempre está al acecho de hombres lobo. La verdad es que me gustaría que dejara el asunto.

Ahora estoy de pie junto a la ventana de mi habitación y miro la luna llena que asciende sobre los árboles lejanos. Es la primera luna llena en un mes, y me hace pensar en Will. Puede que Will se haya

ido, pero ha cambiado mi vida. Nunca lo olvidaré.

Siento cómo me crecen pelos en la cara. Noto cómo se transforman la boca y la nariz en un hocico, y me crecen y sobresalen los colmillos de los labios oscuros.

Sí, cuando Will me mordió, me pasó la maldición. Pero no me importa, no estoy preocupado. Lo que quiero decir es que con Will fuera de juego, el pantano es ahora mío. ¡Todo mío!

Ahora estoy saliendo por la ventana. Lobo me espera impaciente por explorar el pantano.

Me dejo caer a cuatro patas en la hierba con facilidad. Levanto la cara cubierta de pelo a la luna y suelto un aullido largo de alegría.

—Vamos, Lobo, vamos al pantano de la Fiebre. Estoy preparado para cazar.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.